

47
2 glos.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

A P E R T U R A D E E S P A C I O S
B O L I V I A E N L A L I T E R A T U R A D E 1 9 0 0

T E S I S
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A:
MARIA SOLEDAD QUIROGA TRIGO

1 9 8 5



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

CAPITULO I LA OLIGARQUIA TRIUNFA SOBRE SI MISMA

- I.....El tiempo del estaño
- II.....Un país rural
- III.....Viva Willka
- IV.....Un cerco sobre otro cerco

CAPITULO II EL ESPACIO DE LAS LETRAS

- I.....Con la ciencia a cuestas
- II.....Las letras
- III.....Las letras acusan

CAPITULO III LA APERTURA DE ESPACIOS

- I.....Arguedas
- II.....Mendoza

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFIA

INTRODUCCION

Este trabajo es un intento por recrear una época en la historia de Bolivia, una época particularmente rica y que, sin embargo, permanece en sombra. Son muchos los acontecimientos económicos, políticos, sociales y culturales en esos años, que merecen un análisis riguroso. Empero, no se pretende agotar el tema, ni presentar un cuadro minucioso, sino describir los aspectos más generales que permitan construir una imagen del país a principios de siglo, y reflexionar sobre algunos temas que parecen importantes.

Se han tomado como límites que permitan centrar el cuadro, dos fechas significativas: 1899, cuando estalla la "revolución federal" y 1920 que marca la caída del liberalismo después de dos décadas de hegemonía. En esos veinte años suceden algunas cosas que cambian a Bolivia. Por esa época se inicia la producción estañífera que hasta hoy da vida al país; los liberales llegan al poder inaugurando una larga época de gobiernos democráticos; el sistema político se modifica con la introducción del bipartidismo; la sociedad boliviana empieza a urbanizarse lentamente; los indios se convierten en un problema real para las élites a partir de su participación en el conflicto del 99; se genera un vigoroso movimiento cultural enraizado en el positivismo y con un contenido nacionalista; en la literatura se producen obras que rompen con la tradición y que son pioneras en lo que después sería una corriente.

El presente trabajo se divide en tres capítulos. En el primero se trata de describir a Bolivia en ese momento de su historia, tomando como elementos centrales su condición minera y rural, la contundente presencia indígena y la política liberal. El segundo capítulo toma la ideología liberal y el aporte de las letras, como un espacio donde se genera la crítica. El tercer capítulo dividido en dos partes, analiza a dos autores: Alcides Arguedas y Jaime Mendoza a través de sus novelas "Raza de Bronce" y "En las tierras del Potosí". No se tratará de hacer un análisis de texto, sino una interpretación de éstos a la luz de la realidad boliviana de esos días, al tiempo que un seguimiento de esa realidad con la ayuda de los textos literarios, tomados como literatura y como documentos.

Estas dos novelas, representativas de ese momento histórico, son iniciadoras del indigenismo y de la "novela minera". Se las analizará en tanto expresan la forma en que se miraba la realidad nacional y se abordaban los problemas. No será un estudio sistemático, me limitaré a hacer algunas anotaciones que permitan conocer lo que es fundamental en ellas, lo que revela el espíritu de la época.

Por las características de amplitud y generalidad del trabajo, habrá muchos puntos que serán tocados superficialmente y otros en los que se profundizará mucho más. Por otra parte, se cuenta con algunas limitaciones inevitables, dada la escasa información y la carencia de fuentes directas que permitirían dar riqueza al tratamiento del tema.

Con todo, el trabajo no persigue el esclarecimiento total

de una época, ni siquiera la interpretación acabada de estas dos novelas; intentará, eso sí, presentar algunas conclusiones tentativas a partir de las cuales se puede continuar el análisis.

EL TIEMPO DEL ESTADO

Con frecuencia los nombres dicen poco o nada del objeto que designan, en ocasiones sólo contribuyen a dar un aspecto vago e irreal a lo que se supone que deberían intentar definir.

En la historia ocurre que tropezamos a cada paso con denominativos de este tipo. A veces, la fuerza inicial que poseía un nombre, se va diluyendo con el tiempo; si surgió por una feliz casualidad, por un equívoco, una defectuosa interpretación de los sucesos, etc., al cabo de los años no importa. Lo único que queda es el nombre, pendiendo en el vacío, sobre una realidad que de alguna manera se ha contagiado de lo que el nombre es.

A los violentos acontecimientos del último año del siglo pasado en Bolivia, les ocurre algo así. Después de pasado casi otro siglo, lo de "revolución federal" suena vacío, impreciso. Es un nombre que no dice casi nada. A lo sumo abre una serie de interrogantes: ¿Fue una revolución? ¿Por qué se le llamó de ese modo? ¿Por qué federal? ¿Qué importancia tuvo en realidad la propuesta federal dentro del conflicto? ¿Era el federalismo el único reclamo? La de 1809 es una "revolución" triunfante, sin embargo no engendró el federalismo ni cosa parecida.

Si analizamos los hechos y la historia del periodo, casi con seguridad que no queda en pie ni lo de "revolución", ni lo de "federal". Pero, con la terquedad propia de los nombres, la "revolución federal" seguirá conservando el suyo a través del tiempo.

Concedámosle su espacio, llamémosle de ese modo de tan con

sagrado, casi yerto.

De todas maneras, los hechos tienen su propia palabra.

Los sucesos del año 1899 en Bolivia, conocidos bajo el denominativo de "revolución federal", son el parteaguas que separa un siglo de otro, no solamente en términos cronológicos sino, sobre todo, en términos históricos. La fecha clave de 1899 marca el inicio del régimen liberal que habría de durar dos décadas inaugurando una nueva etapa en la vida de la oligarquía^(*), que se extendería, sin grandes altibajos, hasta la Guerra del Chaco.

La "revolución federal", más allá de la fraseología de la época que colocó sobre el tapete la discusión de unitarismo vs. federalismo, implicó un profundo cambio en la concepción que tenían del país las clases dominantes. Intimamente ligado con este proceso, el cambio sustancial en la economía boliviana a partir de esos años, dió como fruto apetitoso la minería del estaño. Ese "metal del diablo", representa toda una transformación en la fisonomía nacional. Pero, ¿cuál era la cara de Bolivia antes del auge del estaño?

Desde antes de su nacimiento como república, Bolivia se había nutrido de las minas; pero el caudal potosino que parecía inagotable

(*) Utilizaré el término de "oligarquía" para hacer referencia a la reducida clase dominante boliviana compuesta básicamente por mineros, hacendados y comerciantes.

dejó de serlo antes de la Independencia. La vieja Audiencia de Charcas tuvo que reconcentrarse en la vida rural, el esplendor de la plata parecía perdido para siempre. Inmensas cantidades de plata habían salido de Porco y del Cerro Rico hacia España, quedando en compensación millares de vidas y Charcas o Bolivia seguía tan mísera como siempre (*).

Hasta 1830 la producción alto peruana de plata sigue la misma tendencia descendente que arranca desde fines del periodo colonial, sólo que agravada por los trastornos que ocasionaron las guerras de liberación.

(Mitre, L.P.P., p. 39)

Pero el destino hizo que a mediados del siglo pasado la plata volviera a salir a raudales; Potosí fue reemplazado por Huanchaca y la historia pudo retomar el hilo perdido.

La brillante fortuna de Arce en Huanchaca, de Aramayo en Potosí, de Pacheco en la mina Guadalupe, había asombrado al país casi resignado a debatirse dentro del oscuro ámbito rural. La Compañía Huanchaca de Bolivia alrededor del último cuarto de siglo, era uno de los principales productores de plata en el mundo:

En el periodo 1872-1885 la curva de la producción sube notablemente en razón a dos factores fundamentales: a la expansión de la capacidad de refinado hecha posible por el flujo de inversiones extranjeras en algunas empresas importantes, asimismo, por la extraordinaria riqueza de los minerales explotados en Colquechaca y Huanchaca (...). En 1889 la construcción del ferrocarril a la costa redujo drásticamente los precios de los insumos importados, especialmente del combustible, y permitió, al mismo tiempo, la comercialización directa de grandes volúmenes de mineral bruto. El aumento que se observa en la curva de producción entre 1889 y 1895 se debió, básicamente, a la exportación de mineral crudo acumulado en desmontes.

(Ibidem, págs. 40-42)

(*) Son asombrosos los datos de la población de la Villa Imperial de Potosí, porque exponen con crudeza la decadencia de un pueblo agotado por la plata. En 1611 eran 114.000 habitantes; en 1650 habían subido a 150.000 y en 1925 eran sólo 8.000. (Arguedas, F.E., p. 105)

La explotación de la plata iba unida a la explotación de la tierra; se trataba de una minería de carácter señorial, que aunque se encaminaba hacia la conformación de empresas capitalistas, no había permitido ni requerido un rompimiento de lanzas entre mineros y hacendados. Las dos grandes actividades económicas del país armonizaban perfectamente; los capitales se confundían, frecuentemente mediados por el capital comercial que permitía el tránsito de la tierra a la mina; y no pocas veces mineros y hacendados se fundían en una sola persona. El auge minero de fines de siglo financiado con los excedentes agrícolas, se apoyaba sobre el campo. Era una relación fluida que abastecía de mano de obra y alimentos a bajo precio a los centros mineros.

Pese a tratarse de un país minero, lo rural era la nota dominante, el campo funcionaba como el verdadero cuerpo nacional y las minas eran el caballo que estira el pesado carruaje.

En el último tercio del siglo, la actividad económica principal era, nuevamente, la minera; pero el lugar de residencia y la tradición señorial de las clases dominantes estaban ligados a las haciendas y a las pequeñas ciudades. La actividad agrícola que nunca había sido brillante, sirvió, sin embargo, para mantener viva a Bolivia en los momentos de la decadencia minera.

El panorama que presenta Bolivia a mediados del siglo XIX es el de un país esencialmente rural y agrícola. De un total de 1.373.596 habitantes en que se calcula la población de ese tiempo, sin contar las tribus de los llanos orientales, solamente un tercio vive en villas y ciudades. La ciudad de La Paz, el centro urbano y comercial más grande y próspero de entonces, cuenta apenas con 42 mil

habitantes. La ciudad de Cochabamba le sigue con 30 mil y en tercer lugar se ubica la abandada Villa Imperial de Potosí con 15 mil personas que viven precariamente de la minería o de las actividades que de ella se derivan.
 (Ibidem, p. 56)

El conflicto entre terratenientes y mineros^(*) por la hegemonía, nunca llegó a declararse porque se necesitaban unos a otros para mantenerse como clase dirigente y porque la existencia de estos dos sectores era económicamente provechosa para el conjunto de la oligarquía. De hecho, el país había funcionado desde la Independencia y aún antes, sobre la base de este acuerdo. Terratenientes y mineros eran socios de una empresa de carácter exclusivo que manejaba los destinos de Bolivia sin consultar más que entre sí, marginando a los sectores medios urbanos -sobre todo a la gran masa de artesanos y a los pequeños comerciantes- y, por supuesto, a los indios.

La población boliviana al promediar el siglo XIX, se repartía en los siguientes grupos, según actividad:

Terratenientes (incluyendo familias).....	23.000
Propietarios mineros.....	228
Comerciantes.....	3.316
Médicos.....	100
Abogados.....	449
Artesanos.....	20.000
Sirvientes domésticos.....	13.243
Pequeños propietarios rurales (incluyendo familias).....	160.000
Arrendatarios indígenas y mestizos (incluyendo familias)..	360.000
Peones de hacienda.....	160.000
Comunarios.....	500.000
Trabajadores mineros.....	9.000

(Datos tomados de Mitre)

La élite de mineros y hacendados, más un número pequeño de profesionales y comerciantes, conformaban la sociedad boliviana, la verdadera sociedad civil. El resto de la población urbana era casi siempre un

(*) De aquí en adelante designaré como "mineros" a los propietarios de minas y como "trabajadores mineros" a la mano de obra.

acompañamiento silencioso. El artesanado se había movilizado en algunas coyunturas con gran fuerza, sobre todo en el periodo de gobierno de Belzu (*) (1848-1855), suscitando la inmediata reacción de las clases dominantes que no podían permitir que se levantara el cholaje. Los marginados: peones de hacienda, comunarios, trabajadores mineros o sirvientes eran, en verdad, un mundo aparte que muy poco tenía que ver con la República de Bolivia.

En la minería y en algunas otras actividades económicas, se había ido verificando, desde tiempo atrás, un proceso intensivo de introducción de capitales chilenos. Los vecinos habían invertido en la plata, en el salitre y en el guano del Litoral, asociándose con los grandes mineros nacionales. Cuando se desató la Guerra del Pacífico en 1879, la penetración chilena y el vínculo que unía a las élites de los dos países, eran ya un hecho. La pérdida del Litoral sirvió para confirmar la supremacía chilena sobre vastas zonas del territorio nacional y el desinterés tradicional de la oligarquía boliviana por defender su propio territorio.

Como consecuencia de la guerra, Bolivia no solamente había quedado condenada a la mediterraneidad, sino que también se le había asesado un duro golpe a sus intereses económicos.

La producción del Litoral se calculaba entonces, entre la plata, el salitre, el guano y el bórax, alrededor de los 28 millones de pesos anuales. Era un botín digno del rescate de Atahuallpa. Representaba 14 veces el presupuesto fiscal boliviano y unas 8 el de Chile.

(Fellman V., p.218)

La posición de los grandes mineros bolivianos ante la guerra era clara: se oponían a ella, aún cuando era una guerra defensiva por

(*) Manuel Isidoro Belzu gobernó apoyado en los sectores populares los que defendieron a su gobierno de los ataques de la oligarquía que se sentía afectada en sus intereses. Todavía no se ha realizado un estudio exhaustivo de su gobierno que ha sido calificado a menudo como "populista". Es una labor que la historiografía boliviana tendrá que asumir.

parte de Bolivia, porque las hostilidades cerraban el mercado chileno de la plata y abrían una brecha entre ellos y sus socios del país vecino. La defensa de los intereses mineros era más importante que la conservación de 150 mil kilómetros cuadrados, cuatro puertos mayores, siete caletas, cerca de 40 mil habitantes y grandes depósitos de minerales. (Fellman V., p.223).

El Partido Conservador, expresión de los intereses de la gran minería, nació al calor del conflicto. Se requería de un instrumento político que postulara la necesidad de un gobierno civil que garantizara la paz y apoyara la creación de una infraestructura adecuada para la comercialización de los minerales.

Arce, el potentado de Huanchaca, y representante del conservadurismo, sostenía en un Manifiesto dirigido a la nación en pleno curso de la guerra:

Sólo a la sombra de la paz benéfica y bienhechora, puede fecundar el campo de la libertad y dar frutos de progreso...El país no quiere ni puede querer un gobierno batallador que con la punta de la espada levante la preponderancia de un partido beligerante.

(Ibidem, p. 235)

El sentir general era, no obstante, contrario a la posición de la gran minería; en esos años se habían desarrollado algo los sectores medios urbanos y éstos se fueron plegando al núcleo que generaría en 1880 el Partido Liberal.

Ya en esos años se iniciaba el quiebre entre los viejos mineros de la plata y los nuevos productores de estaño, distanciamiento que se agudizó considerablemente a raíz de la fijación de un fuerte impuesto que afectaba a estos últimos, durante el gobierno conservador de Arce (1838-

-1892).

El rompimiento entre los viejos y los nuevos mineros tuvo su expresión política en la afiliación de los primeros al Partido Conservador y de los segundos al Liberal.

En ese tiempo, Patiño iniciaba su carrera signada por la buena suerte en la mina "La Salvadora", transformándose en pocos años de pequeño propietario en el amo del estaño.

En 1924 se convirtió en dueño solitario de los dos centros mineros de Uncía y Llallagua, mediante la compra de la "Compañía Chilena de Llallagua". En aquel momento comenzó a ocupar su posición permanente como controlador de al rededor del 50% de la producción boliviana, con un personal empleado de más de diez mil obreros.

(Klein H.S., p.207)

Junto con el desarrollo de la minería del estaño y la caída paralela de la de la plata, el centro neurálgico de la vida del país fue trasladándose del sur al norte, y la ciudad de la Paz se fue convirtiendo en el verdadero núcleo que reclamaba para sí el reconocimiento político correspondiente (*).

La minería de la plata que fue el prestigio y el escudo de los señores finiseculares, se fue opacando poco a poco.

Hacia 1895 comienza el descenso en la producción de plata. Al finalizar el siglo el panorama de las minas más importantes nos recuerda mucho la época oscura de las primeras décadas republicanas (...). La acentuación de la crisis de precios, el surgimiento paralelo del estaño que alcanza cotizaciones más elevadas y la demanda creciente de goma elás-

(*) Desde la fundación de la República, salvo fugaces interrupciones, la ciudad de Sucre había funcionado como la capital del país.

tica, acababan por precipitar la ruina del metal blanco.

(Litre, L.P.P., p.192)

Con la declinación de la plata, el equilibrio que se había mantenido en el país hasta entonces, empezó a romperse. La pujante presencia del estaño contribuiría decisivamente a acelerar el fin de ese mundo. Cada tonelada de estaño que salía de la mina implicaba mucho más que una simple acumulación de riqueza por los nuevos mineros. Representaba un paso más en el proceso de consolidación de una clase emergente burguesa que empezaba a diferenciarse de la vieja oligarquía minero-terrateniente, incapaz ya de conducir al país por los nuevos rumbos que el auge mundial del estaño marcaba. Los viejos mineros de la plata se habían hundido con su barco y salvo escasas excepciones, como el caso de Aramayo, abandonaron los negocios mineros para retornar a sus orígenes terratenientes.

El grueso de los capitales se revirtió a la tierra. Los mineros de la plata, desplazados gradualmente de la minería y el comercio, aplicaron su dinero en la adquisición de propiedades rurales y en la construcción de extravagantes palacios de acuerdo al estilo de vida señorial que ostentaban.

(Ibidem, p.110)

Si la plata había protegido la conservación del orden tradicional, entendido éste como el acuerdo entre mineros y hacendados para el manejo del país según la visión ambigua, a un tiempo burguesa y señorial, que tenían; el estaño demandaba un reacomodo general para desarrollarse libremente. Si bien los mineros del último tercio del siglo XIX se habían perfilado como empresarios modernos defensores a ultranza del liberalismo económico, impulsores de la libre introducción de capitales extranjeros, de la modernización de la industria minera -aunque esto con los límites que la posibilidad de someter a los trabajadores a un régimen

de trabajo inhumano, les permitía fijar(*) -por la agilización de la comercialización de minerales mediante el tendido de vías férreas que unieran los principales centros mineros con la costa, etc., una vez iniciada la decadencia se necesitaba un fuerte empujón que permitiera el salto del refugio rural a la gran empresa minera moderna.

La alianza minero-terrateniente no podía mantenerse en los mismos términos en que había funcionado hasta entonces, tenía que plantearse de acuerdo a la nueva situación económica y social del país. Había que reconocer la primacía de los mineros del estaño y la importancia de primer orden de sus negocios sobre el resto de las actividades. La nueva minería no estaba absolutamente divorciada de su antecesora, pero se encaminaba por otros rumbos. Los acontecimientos de 1899 expresan la existencia de un conflicto y la necesidad de un nuevo acuerdo a tono con la situación de la oligarquía que, a su modo, había llegado a la madurez.

(*) "Un gran periódico de Buenos Aires hace tiempo hizo un reportaje al señor Senéchal de la Grange, presidente de la Compañía Minera Huanchaca de Bolivia, conocida por su fabulosa riqueza en todo el mundo. La mina de Huanchaca se encuentra a los 4.200 metros sobre el nivel del mar. A esa altura, casi no hay ser humano que resista tan baja presión atmosférica, y pocos se atreven a emprender labores, por consiguiente. La compañía valerosamente se instaló allí y tiene -al decir de M. Senéchal de la Grange- casi en propiedad, diez mil indios quechuas. Estos trabajan para la mina exclusivamente y viven en los suelos y en las casas de que la compañía es propietaria y dueña absoluta. De los cuatrocientos nacidos anuales, mueren alrededor de trescientos sesenta, antes de los tres meses"

"M. Sisson, con un laconismo yanqui algo enternecedor pero chocante, escribe de los trabajadores de las no menos célebres minas de Potosí, indios en su generalidad(..) Los trabajadores de las minas de Potosí sólo viven cerca de diez años, porque trabajan treinta y seis horas seguidas; esto lo hacen voluntariamente; sólo descansan a pequeños intervalos y beben demasiado con mucha frecuencia." (Ibidem, Arguedas, P.E., p. 68).

La nueva realidad tenía una clara impronta capitalista.

La plata representaba una época ya caduca; el estaño abría nuevas perspectivas, era el floreciente lazo entre Bolivia y el mercado mundial. El triunfo de 1899 era el triunfo de la oligarquía y era, también, el triunfo del capitalismo que poco a poco iría ganando al país.

Con el estaño, la industria británica se prolonga hasta el altiplano; el rasgo dominante de la economía boliviana nace entonces: la minería estañífera es la parte complementaria de la economía metropolitana.

(Almaraz, S., p. 20)

Huanchaca, como resumen de un período de la vida del país, tiene un doble carácter: de alguna manera pertenecía aún a la tradición de la minería colonial, pero tenía ya impreso el pulso de la moderna empresa capitalista. Los mineros de esa hora eran "empresarios señoriales", se debatían entre el apego al latifundio y la urgencia modernizante que los hacía apasionarse por el progreso del país. Este doble impulso permitía el mantenimiento de un compromiso político entre los distintos sectores de la oligarquía. Con el estaño, la situación se define, aunque los mineros de nuevo cuño tienen raíces hondamente señoriales, esto no les impide pensar en términos burgueses. Entre Arce, el patrón de Huanchaca, y Patiño, el más grande de los "barones del estaño", hay semejanzas pero también existen diferencias; del mismo modo que la Bolivia del siglo XIX y la nacida con la "revolución federal" son un mismo y diferente país.

El estaño que salía milagrosamente de las entrañas de la tierra, liquidaba fortunas, daba origen a otras nuevas, hundía a sectores de la población en la decadencia, daba a luz fuerzas sociales; era una presencia contundente, demasiado contundente para un país débil y empobrecido.

La "revolución federal" puede entenderse como el corolario de ese cambio que se venía gestando desde algunos años atrás. La violencia es el signo distintivo de esa transformación. El derramamiento de sangre que provocó la confrontación del norte liberal contra el sur conservador es equivalente al desgarramiento que sufrió la vida económica del país en esos años.

La violencia de la transición no dió tiempo a la adaptación gradual de miles de hombres que en una prodigiosa década trocaron el arado de madera por la perforadora mecánica.

(Ibídem, p. 21)

El surgimiento del estaño provoca una violenta sacudida, la modernización del aparato industrial minero que se había iniciado en la era de la plata, da un salto inmenso. La presencia del ferrocarril (el primer tramo, Antofagasta-Uyuni, se había inaugurado en 1889, en tiempos del esplendor de Huanchaca; después siguieron las líneas Uyuni-Oruro en 1892, Río Mulatos-Potosí en 1912, Oruro-Viacha y Uyuni-Atocha en 1913 y Viacha-La Paz y Oruro-Cochabamba en 1917) permite el tráfico fluido del metal hacia los puertos, principalmente hacia el puerto de Antofagasta que, desde el término de la guerra del Pacífico, había quedado como el puerto más accesible para Bolivia; y facilita la introducción de productos agrícolas e industriales foráneos decretando la quiebra de las débiles producciones locales que no pueden competir en materia de precios.

En estos años, el artesanado se va debilitando, contrariamente a lo que ocurre con sectores medios urbanos que se desarrollan al calor del nuevo auge económico; al mismo tiempo empieza a desarrollarse un proletariado minero que rápidamente se va haciendo combativo. Ya en el año 1906 se dan los primeros intentos de sindicalización minera en Tupiza y Po-

tosí y en 1919 se conquista en Huanuni el día laboral de ocho horas.

El estaño sirvió para acentuar la condición minera de Bolivia, la notable modernización de las minas no tuvo correlato alguno en las otras áreas productivas que permanecieron tan rudimentarias como siempre. Incluso con respecto a la minería de la plata hubo un retroceso: en lugar de refinarse el metal en el país, como hacían los plateros, el estaño salía hacia el puerto en bruto. Sin embargo, el crecimiento de la actividad minera tuvo como consecuencia el establecimiento de un nexo vital entre el campo y las minas. Este reforzamiento de la condición minera del país tuvo su expresión en el terreno social y político en el surgimiento de una nueva oligarquía claramente hegemónica por los mineros.

Los terratenientes que eran los únicos que podían haber opuesto resistencia al suponer una amenaza contra su status económico o contra sus privilegios políticos, convinieron en que era más práctico trocar su orgullosa condición de señores de la tierra por la de proveedores de las minas. Esta fue la alianza más importante en la vida de la minería y el punto de encuentro de las dos fuerzas que dominaron el país hasta 1952.

(Ibidem, p.94)

El control de los grandes mineros sobre el país era innegable. La oligarquía terrateniente tenía en las minas un mercado natural, y las empresas mineras podían mantener salarios bajos gracias, entre otras cosas, al abastecimiento de víveres mediante la "pulpería" (*), que a cambio de una gran parte del sueldo de los trabajadores los proveía con artículos de escaso valor.

El gobierno liberal no debía intervenir en los negocios mi-

(*) Nombre de la tienda de raya en las minas bolivianas.

neros, o debía hacerlo sólo para protegerlos. El gran desprendimiento en materia impositiva demostrado por los distintos gobiernos liberales evidencia esta realidad. También los liberales se mostraron generosos con el sector latifundista y la hacienda pudo continuar su desarrollo sin tropezos.

El crecimiento de la producción estañífera es meteórico:

Años	Porcentaje de las exportaciones nacionales
De 1900 a 1909	menos del 40%
De 1910 a 1919	60%
De 1920 a 1939	72%
De 1940 a 1949	75%

(Cuadro elaborado en base a datos de Guzmán, p.245)

Frente a semejante crecimiento, las contribuciones fiscales de los mineros durante esos años, son francamente irrisorias: De 1900 a 1940, durante 6 años no alcanzaban al 3%; durante 9 años estaban por debajo del 5%; en catorce años se mantuvieron por debajo del 8%; y en 10 años fueron el 10%, 11%, 12% y 13%. La primera elevación categórica de los impuestos se dió durante el gobierno de Bautista Saavedra (1921-1925), subieron del 7.5% al 13.3%. (Ibidem, p.245)

El primer periodo de la explotación estañífera, que Klein define como la fase competitiva de capitales nacionales y extranjeros, estuvo dominado por la presencia de capitales chilenos, ingleses, norteamericanos y bolivianos, hasta que en 1925 quedaron tres contendores en la arena: Patiño, Hirschfeld y Aramayo, los tres bolivianos, concentrando la producción y exportando los capitales.

Una vez cumplido el primer cuarto de siglo, el país ingresa en la fase monopólica. Los pequeños mineros, en un segundo plano, se dedican a recoger las migajas que los "barones del estaño" les dejan, una vez desaparecidos los tres grandes, estos pequeños mineros conformarían lo que hoy se conoce como "minería mediana".

II

UN PAIS RURAL

La guerra del Pacífico fue sin duda una herida abierta en el orgullo de la oligarquía boliviana; sin embargo, había cosas más importantes o cuando menos más urgentes que solucionar y, milagrosamente, la condición de Bolivia de víctima de un despojo, se prestaba para ello.

Pese a que una de las banderas de los liberales en la oposición había sido la reivindicación de los territorios invadidos por Chile, una vez en el gobierno firmaron el Tratado de paz de 1904. Por medio de este documento, Bolivia renunciaba a cualquier reclamación posterior sobre los territorios perdidos a cambio de: 300 mil libras esterlinas destinadas a garantías ferroviarias, el reconocimiento de la libertad aduanal y de tránsito por territorio chileno y la construcción del ferrocarril Arica-La Paz. Es decir que a cambio del litoral la minería obtenía una infraestructura para la exportación de minerales. Con esta reparación, la oligarquía boliviana podría olvidar más fácilmente la ofensa inferida al país.

En el Congreso, cuando llegó la hora de la votación para aprobar la firma, 37 diputados votaron a favor y 20 en contra; 5 senadores lo

hicieron a favor y 10 en contra (Escobari C., p.205). La opinión común reaccionó indignada al conocerse la decisión del gobierno liberal: "...el pueblo de Potosí en documento fechado el 14 de febrero de 1905, al saber esa aprobación, expresó su rechazo de ese instrumento al que calificó de 'inícuo, vergonzoso y deshonroso para Bolivia'. 'Ningún poder -dijo- tiene facultad para enajenar el territorio nacional, siendo esa atribución privativa de una Asamblea Convencional...' (Ibidem, p.206).

La salida al Pacífico clausurada por la guerra no había sido nunca un verdadero respiro para Bolivia. La distancia entre las principales ciudades y las minas y la zona costera, era inmensa, la población nacional en esos territorios era escasa y no existían vías de comunicación ferroviarias o carreteras que permitieran una mayor vinculación con la zona. La guerra no hizo más que darle un carácter formal a algo que en los hechos ya se había producido: la usurpación de esos territorios por el desierto, el escaso celo de los gobiernos bolivianos y los intereses chilenos y británicos.

Es interesante observar que los chilenos atribuían su victoria en la guerra a la superioridad racial de los mestizos de inmigrantes anglosajones e indios araucanos, frente a los cholos e indios bolivianos (Demelas, D.C., p.66)

La oligarquía que se afirmó en el poder con el nuevo siglo, podía estar tranquila, todo marchaba sobre ruedas. El tratado de 1904 y la pérdida del Acre en el año anterior, eran tropiezos que no conseguían nublar el panorama. La inmensa riqueza gomera del país había sido rifada

al Brasil en una guerra esforzada y costosa para Bolivia. La zona del Acre, con población mayoritariamente brasileña, se alzó contra la imposición del último gobierno conservador de instalar una Aduana en Puerto Alonso que recaudara impuestos por la goma que salía al Brasil. Esta rebelión contó con el apoyo del gobierno brasileño que logró, así, anexarse un enorme y rico territorio (Klein, p. 210).

La pérdida del Acre sirvió para acrecentar el derrotismo nacional y obtener, como indemnización, 2.5 millones de libras esterlinas que no venían mal a las arcas bolivianas.

En un periodo de treinta años se sufría dos pérdidas territoriales no poco importantes; la oligarquía purificada de la vergüenza del Pacífico mediante el triunfo de la "revolución federal", volvía a ser mancillada en el Acre y con la firma del Tratado del año 4. Parecía que ni siquiera con una victoria como la de 1899 podría estar orgullosa de sí misma. Los triunfos internos quedaban de alguna manera deslucidos por las derrotas internacionales. Pero, a pesar de todo, la nueva élite boliviana tenía ante sí un panorama prometedor.

Con el tratado de 1904 se colocó la última pieza en la estructura del poder minero. Nació la segunda república anclada sobre el Pacífico, apoyándose en la minería y sobre los despojos de las masas campesinas.

(Almaraz, p. 78)

Toda moneda tiene dos caras, una era la del triunfo, la otra se encontraba oscurecida. Las derrotas internacionales tenían su parte en este deslucimiento, el otro factor que contribuía al opacamiento del triunfo era el "problema del indio".

La situación en el agro no se había modificado con la república, al igual que en otros aspectos de la vida nacional, la colonia pervivió después de 1825 manteniéndose viva más allá de la liquidación del vínculo con la metrópoli española.

Durante el siglo XIX y el primer cuarto de siglo del XX, las formas predominantes de tenencia de la tierra fueron: la hacienda, la comunidad y la pequeña propiedad.

La hacienda tuvo distintas modalidades según la zona, las características poblacionales, etc. Resulta ilustrativa de la hacienda en el altiplano, la descripción que hace Václav Solc de la hacienda en la isla Suri qui en el lago Titicaca:

La hacienda cultivaba originalmente sólo una parte de su tierra, los terrenos mejores y más grandes. Otros terrenos eran alquilados, según la voluntad del dueño, a los indios y éstos tenían que devolver la parte fijada de la cosecha. Además, tenían que trabajar en los cultivos de la hacienda en forma obligatoria, tal como los otros habitantes de la isla, trabajadores para la hacienda. Por su trabajo en los terrenos de la hacienda no recibían sueldo; el dueño les daba solamente, según su deseo y cuando quería, un poco de papas o de otros productos.

(Solc, p. 27)

Las comunidades indígenas del Altiplano eran una supervivencia precolonial. Se caracterizaban por el usufructo comunitario de la tierra, por el cual las comunidades pagaban un tributo. En cada comunidad los lazos religiosos, celebratorios, de trabajo, etc., entre las distintas familias, eran muy fuertes. La vida de cada comunidad se organizaba de acuerdo a sus propias normas, se contaba con autoridades propias reconocidas y acatadas por todos los miembros de la comunidad, y que la vinculaban con

las autoridades provinciales.

Tanto la hacienda como la comunidad originaria copaban el agro casi por entero, la pequeña propiedad tuvo escaso desarrollo y, con frecuencia, era devorada por la hacienda.

Las modificaciones emprendidas por las diferentes administraciones republicanas se dirigieron, básicamente, hacia la ampliación y fortalecimiento de la hacienda en detrimento de las tierras comunales. El siguiente cuadro de la provincia de Larecaja (que comprende zonas altiplánicas y valles), en el departamento de La Paz, es representativo de la situación del altiplano boliviano en los años de la agresión a las comunidades indígenas.

CONCENTRACION RURAL EN ALGUNOS CANTONES DE LARECAJA

<u>Cantones</u>	<u>Nº de Haciendas en 1834</u>	<u>Nº de Haciendas en 1870</u>
Ylabaya	9	13
Combaya	3	7
Qui baya	17	23
Yani	5	7
Sorata	10	35
5 cantones	44	85

(Fuente: Piel, p.201)

Datos comparativos de la Hacienda y la Comunidad en 1846:

- Más de 5.000 haciendas con un valor de 20.000.000 de pesos y con 5.135 cabezas de familia.
- 4.000 comunidades con un valor de 6.000.000 de pesos y con 138.104 cabezas de familia

(Klein, p. 161)

Las cifras son en sí mismas elocuentes. Evidentemente, la hacienda concentraba las mejores tierras y la comunidad debía contentarse con tierras de valor relativo, cuando no decididamente malas, para alimentar a la gran masa indígena.

Los regímenes conservadores hicieron un intento por privatizar la tierra a través de medidas como la Ley de Enfiteusis dictada por Ballivián en 1842 y la de la Exvinculación de la tierra promulgada por Melgarejo en 1874, la que no llegó a materializarse completamente, pero sí permitió que una serie de abusos tuvieran visos de legalidad; la política de aparente indiferencia hacia lo que sucedía en el campo facilitó la apropiación fraudulenta de tierras por parte de los latifundistas.

Estas leyes reconocían la propiedad privada, suponiendo que los indios comunarios no podrían presentar título de propiedad alguno y que así el despojo sería sencillo. Pero empezaron a aparecer títulos del siglo XVI y XVII, muchas veces los caciques de las comunidades amenazadas tuvieron que viajar hasta Sucre o Lima para encontrar esos títulos coloniales.

En Pacajes, fue apresado en 1918 el cacique Francisco Tanqara, acusado de 'andar sublevando indios' y se le incautaron varios documentos 'subversivos' que incluían títulos del siglo XVI, testimonios de composiciones y juicios de linderos de los ayllu del cantón Calacoto de los siglos XVII y XVIII, copias de decretos y leyes republicanas que confirmaban la autoridad de los caciques y la legalidad de los títulos coloniales de propiedad, etc.
(Rivera, p. 93)

Las administraciones liberales de algún modo interesadas en impulsar un capitalismo agrario mediante la privatización de la tierra y la organización de la producción, desistieron pronto de todo intento encaminado a este fin, y continuaron con la misma línea de conducta que habían observado los conservadores.

Así, el periodo que va de 1880 a 1930 vivió la segunda gran época dorada de la hacienda. Mientras las comunidades en 1880 todavía retenían la mitad de las tierras y alrededor

de la mitad de la población rural, en 1930 habían quedado reducidas a menos de un tercio en ambos rubros.

(Klein, p.193)

En esta situación, la vida del indígena era dramática. El pago del tributo (que durante el siglo XIX se llamó "contribución indigenal" y a partir de 1882 pasó a denominarse "contribución territorial", pero que continuó siendo en esencia lo mismo que el tributo colonial pese a los eufemismos) era una fuerte sangría para los indios. En base a este recurso se conformaban los presupuestos nacionales.

CONTRIBUCION DEL TRIBUTU INDIGENA AL PRESUPUESTO

<u>Años</u>	<u>Departamento de Oruro</u>	<u>Departamento de La Paz</u>
1899	66.5%	39.1%
1905	65.6%	34.7%
1915	61.5%	20.1%
1925	34.2%	19.1%

(Cuadro elaborado en base a datos de Rivera, S., p.89)

Tomando en cuenta que Oruro es un departamento eminentemente minero y no agrario, resulta sorprendente que su presupuesto estuviera sostenido por la contribución indígena. Realmente Bolivia era un país minero en beneficio de los particulares y no del Estado que de la minería recibía migajas y de los indios todo.

Los indios estaban sujetos al tributo bajo diversas modalidades; los comunarios debían pagar al fisco un tributo por el usufructo de sus tierras; los colonos, es decir los peones de hacienda, no pagaban la contribución indigenal, pero sí la "veintena" que consistía en el tributo de un animal o carga de productos agrícolas por cada veinte; o los "diezmos" y "primicias" que eran tributaciones pagables en la proporción de un animal,

carga o fanega de productos agrícolas por cada diez. Todas estas formas adquirirían modalidades propias según la región puesto que no existía una legislación única para todo el país. Las recaudaciones se hacían mediante re colectores particulares llamados "diezmeros", los que casi siempre aprovechaban su situación para cometer toda clase de abusos (Condarco, p. 32).

El régimen servidumbral (*) se mantuvo inalterable después de la Independencia, apoyándose en éste la producción de las haciendas, minas y la propia vida privada de los señores.

Los colonos sujetos a la tierra mientras el patrón lo quisiera, podían ser transferidos junto con éstas, pero también ser expulsados de la tierra cuando el patrón lo quisiera. A cambio de sus servicios, los colonos recibían un pedazo de tierra que debían cultivar para su sostén y el pago del tributo. Además:

La comunidad agraria sometida a colonato remite, por turno, a la casa de hacienda, o en su defecto, al domicilio particular del dueño en la ciudad, una o más mujeres (mit'anis) destinadas a prestar a la familia del propietario, también a título gratuito, todos los servicios domésticos que allí le sean exigidos. Con análogo fin se envían a las mismas uno o más menores de edad (pongos).

(Ibidem, p. 29)

Los indígenas comunarios tampoco se libraban de la servidumbre. Debían prestar servicios personales en los establecimientos administrativos y eclesiásticos de cada pueblo y casi siempre eran obligados por las autoridades civiles y por el cura del lugar a hacerlo, también, en su provecho

(*) En América Latina se discutió ampliamente acerca de la posibilidad de que haya existido feudalismo en nuestros países, sin llegar a resultado alguno. No es intención de este trabajo ingresar a la polémica, de modo que se limita a anotar las características generales del régimen que imperó en el campo antes de la Reforma Agraria.

personal. Tenían además otra exigencia:

La costumbre prohibida por la legislación, imponía a todo indígena comunario prestar servicios personales en las postas (postillonaje) a título gratuito y por espacio de un año. Le exigía, además, poner a disposición de la posta dos o más animales a su costa. Su propia mantención también corría a expensas suyas.

(Ibidem, p. 32)

Por otra parte, el acceso al mercado era restringido para los indígenas comunarios o colonos, los que debían comerciar en las ferias de la localidad; los mercados mayores, las ciudades y los centros mineros, estaban copados por la hacienda.

La fisonomía de Bolivia al iniciarse el siglo, era claramente rural. En el año 1900 la población rural era el 73% del total del país y la población de extracción indígena conformaba el 51% de la del país. Solamente un 13% aparece en los censos como "blanca". La principal ciudad del país y, a partir de 1900, capital de la república, La Paz, contaba con 55 mil habitantes. Sólo el 16% de la población mayor de siete años tenía algún tipo de escolarización (Klein, p. 194).

...a pesar del crecimiento del nuevo sector exportador, de la expansión de la nueva élite blanca y de los cholos y de la caída masiva en la propiedad india de la tierra en el campo, Bolivia seguía presentando un aspecto sorprendentemente tradicional en sus rasgos sociales.

(Ibidem, p. 209)

En los primeros años del siglo, la clase obrera no se había conformado aún como fuerza. Los obreros eran escasos y se concentraban en polos, sobre todo en las minas. Carecían aún de la organicidad y de la combatividad que después los haría temibles. Los trabajadores urbanos eran en su mayoría artesanos; pero desde la época de Belzu (1848-1855) en que el

"cholaje" se movilizó con gran dinamismo, no habían vuelto a aparecer como una fuerza importante. En los años 20, durante el gobierno de Bautista Saavedra, tomarían nuevo impulso propiciando la aprobación de una legislación social favorable, al amparo de un ejecutivo oscilante entre una política de conciliación social y de mano dura.

Es en esos años que se produce la masacre de mineros en Uncía y la matanza campesina en Jesús de Machaca, como una respuesta brutal de la oligarquía a la agitación social que se hacía cada vez mayor.

En 1905 se crea la primera Unión de Trabajadores Gráficos y, al año, siguiente, se dan los primeros intentos de sindicalización minera en Tupiza y Potosí. Rocién en 1908 se crea la Federación Obrera de La Paz y en 1912 la Federación Mutualista Ferroviaria de Oruro. La organización y movilización obreras empiezan a gestarse en esos años, pero sin la fuerza y peligrosidad de las rebeliones indias. En la década del veinte comienza a sentirse la agitación obrera y se dan las primeras huelgas y masacres. En los primeros años del siglo XX, el espacio está copado por la presencia indígena que es el verdadero dolor de cabeza para el régimen liberal.

III

VIVA WILLKA

Mi cura estamos perdidos: la india se ha alzado; la guerra no es de partidos, sino de razas; hemos vivido a guisa de y a la Federación y nos han contestado ¡Viva Willka!

Los grupos indígenas se habían levantado en numerosas ocasiones en defensa de sus derechos y en algunas habían intervenido directamente en la política nacional.

...en la guerra de los quince años a órdenes de Mateo Pumawanka, de Juan Wallparimachi, de los caciques Manuel Cáceres y Titi Choka. Más tarde vitoreó a Belzu (...). Se insurreccionó a la cabeza de un Willka y ofreció su concurso al coronel A. Morales contribuyendo a la ruina de su más temible adversario (Melgarejo).
(Condarco, págs. 55-56)

Los decretos y leyes destinados a terminar con las comunidades y fortalecer las haciendas, dictados entre 1866 y 1874, culminaron en levantamientos escalonados y más o menos dispersos pero que siempre acusaron un alto grado de combatividad. La respuesta terrateniente a estos movimientos fue siempre brutal y logró en todos los casos aplastar las protestas con relativa facilidad. Condarco dice que las incursiones del ejército en Huaicho, Ancoraimas y Taraco en 1870, dejaron un saldo de dos mil indios muertos. Los indios estaban dispuestos a secundar, y para ello colocarse en el primer puesto de la lucha, a aquellos movimientos que intentaban derribar gobiernos tiránicos, porque veían en ellos la posibilidad de encontrar una vida mejor, menos dura, bajo la nueva administración que habían contribuido a afianzar. Ese es el caso del levantamiento contra Melgarejo en 1871, durante el cual más de veinte mil indios dirigidos por su Willka (*)

(*) Título honorífico que significa Jefe, Señor.

cercaron la ciudad de La Paz en apoyo de la rebelión.

Cuando en 1899 los liberales se enfrentaron a los conservadores recurrieron a los indios e iniciaron una intensa campaña proselitista en el campo. Los resultados fueron brillantes: Pando fue reconocido por la masa india como el "Jefe Máximo". Al estallar la guerra civil en 1899, los indios ya eran "liberales". Esto quiere decir que aunque evidentemente estaban muy alejados del liberalismo como doctrina, presumiblemente creían que los liberales encabezados por Pando podrían ser buenos aliados en el gobierno. Por su parte, los liberales vieron en el indio un importante aliado para la lucha; en una guerra interna de proporciones, con dos ejércitos enfrentados, y el país partido en dos, la posición que adoptara el campo era clave. Por esto los liberales se dedicaron a fomentar la movilización indígena, no sólo mediante la propaganda sino, también, por medio de la directa solicitud de ayuda que las autoridades agrarias hacían a los indios. Condarco dice sobre este punto:

Es absolutamente incontrovertible, en lo que concierne a la presencia de intereses políticos en la insurrección de Peñas, que los instigadores liberales en su desesperado afán de conseguir el auxilio de la población indígena, contribuyeron al levantamiento de la comarca autorizándola expresamente, para ello, hecho que consta en documento anónimo enviado por los revolucionarios de Chayanta al Corregimiento de Peñas.

(Ibidem, p. 234)

Y esto que es válido para Peñas lo es también para muchas otras regiones que se plegaron a la lucha. Una vez que los liberales "autorizaron" la movilización, los propios indios se encargaron de propagarla por todas partes. El Willka Zárate envió conminatorias a las autoridades indígenas de distintos pueblos para que se lanzaran a la guerra, y éstas, siguiendo su ejemplo, hicieron lo propio con las autoridades de otras zonas. Así

el entusiasmo de las masas indígenas por entrar en la guerra fue creciendo y extendiéndose por todo el altiplano, desde La Paz hasta Potosí y parte del valle de Cochabamba. Sobre todo fueron los aymaras los que participaron en el conflicto, eran los más aguerridos y el sector mayoritario.

La participación indígena en la "revolución federal" fue determinante para el triunfo de los liberales, fueron los indios la carne de cañón que aseguró los veinte años de dominio liberal, sin que por ello su propia situación se haya modificado en lo más mínimo con la nueva administración.

Pese a que los indios acudieron a la batalla armados rudimentariamente -sólo contaban con hondas, macanas y chuzos y muy raramente con algún arma de fuego- lograron decidir la situación a favor del ejército federal por su inmenso número y extraordinario valor. Los distintos relatos que existen sobre la batalla que presentaban los destacamentos indios al ejército constitucionalista (y en algunas ocasiones, como en Mohoza cuando se enfrentaron al propio ejército liberal) son impresionantes. Miles de indios se lanzaban sobre los soldados de caballería tratando de obligar los a la lucha cuerpo a cuerpo, eran oleadas de indios que caían bajo las balas para dar paso a nuevas oleadas. Durante la guerra se reveló como líder indiscutible del movimiento, un indio de Sica-Sica, Pablo Zárate, llamado Willka en señal de respeto y como reconocimiento a su jerarquía.

Las tropas del Willka tuvieron a jaque al ejército constitucionalista y en varias ocasiones atacaron inclusive a su aliado, el propio ejército liberal porque, al fin y al cabo, era un ejército de "blancos". Parecía que el ejército indio había logrado emanciparse de la tutela libe-

ral y actuaba por cuenta propia, buscando sus propios objetivos, marcando sus reglas del juego y, cuando podía, obligando a sus aliados a reconocer su fuerza y el carácter específico de su lucha.

...el más caro ideal, la más arriesgada aspiración en que terminó por expresarse el estado de convulsión social provocado por la campaña de usurpación contra la tierra comunaria, no era la simple restitución de tierras a cambio de la condicional participación del indio en la guerra civil, sino la liberación total de la población indígena, la absoluta y completa emancipación de las nacionalidades de origen por medio del establecimiento de una república indígena con un jefe indio a la cabeza...

(Ibidem, p. 268)

En la localidad de Mohoza, los indios masacraron al ejército liberal que había cometido excesos de todo tipo contra la población de la zona. Al grito de ¡Viva Willka!, sordos a las explicaciones y protestas de los militares, los indios los sacaron de la iglesia donde se habían refugiado, para matarlos en la plaza. Eguino, el jefe del regimiento, aterrizado le dijo al cura de Mohoza, según consta en el proceso judicial abierto con motivo de estos hechos:

Mi cura estamos perdidos; la indiada se ha alzado; la guerra no es de partidos, sino de razas; hemos vivido a Pando y a la Federación y nos han contestado ¡Viva Willka!

(Citado por Condarco, p. 283)

Estos acontecimientos, como la matanza de una fracción del ejército constitucionalista en Ayo-Ayo, causaron una enorme impresión. Los liberales se dieron cuenta de que habían impulsado de manera imprudente una fuerza prácticamente incontrolable y que se volvía contra ellos mismos. Pero eran conscientes de que no podían prescindir de su concurso. Por ello propiciaron la creación de una fuerza indígena paralela, con la intención de que sirviera para frenar a las fuerzas del Willka Zárate. Utilizaron con habilidad la animadversión de los habitantes de Umala hacia las fuerzas del

Willka y crearon con ellos una segunda fuerza.

Cabe mencionar que no toda la población indígena abrigaba propósitos inmediatos de exterminio, ni tampoco todas las comunidades se encontraban dispuestas a obedecer los mandatos de Zárate Willka. Muchas veces el caudillo de Sica-Sica tuvo que recurrir al empleo del poder persuasivo de la fuerza bruta para conseguir el acatamiento de los indígenas.

(Ibidem, p. 198)

Esta segunda fuerza con base en Umala participó junto con los partidarios del Willka, en el asedio a la ciudad de Oruro. Para el efecto, el ejército liberal dispuso que los indios de Umala formaran en la retaguardia de las fuerzas de Zárate para evitar que éstas cometieran excesos. Las fuerzas del Willka, como vanguardia, contrapesadas por las de Umala, sirvieron para proteger al ejército liberal colocado detrás de la doble fila india, ofreciendo al ejército constitucionalista que defendía la ciudad, el pecho limpio. Esta batalla, decisiva para la guerra, dependió casi exclusivamente de la participación indígena; fueron los indios los que definieron la situación. Sin embargo, los liberales no reconocieron nunca esta participación.

Condarco resume en seis puntos los que al parecer fueron propósitos principales del movimiento indígena en los sucesos de Mohoza:

1. Restitución de las tierras de origen.
2. Sometimiento, e incluso exterminio, de la casta dominante.
3. Constitución de un gobierno indígena.
4. Desconocimiento de las prerrogativas de gobierno de los jefes revolucionarios.
5. Proclamación de Willka Zárate como Jefe supremo.
6. Reivindicación de los valores culturales propios.

Estos puntos pueden hacerse extensivos al conjunto de la lucha, más allá del caso específico de Mohoza.

Como expresión de la reivindicación de los valores culturales, es interesante la imposición a blancos y mestizos, habitantes de las zonas que lograban controlar, de que usaran la tradicional vestimenta indígena: el pantalón de bayeta. Distintos testimonios hablan de "cholos y blancos disfrazados" que eran obligados a participar en las batallas al lado de los indígenas.

Por otra parte, el que las iglesias rurales sirvieran de escenario de las matanzas, como en Ayo-Ayo y Mohoza, habla de una voluntad de desconocimiento de la cultura de los dominadores. ¿Por qué profanar una iglesia? Porque los curas defendían a los dominadores y con frecuencia eran ellos mismos feroces explotadores del indio; pero también, porque la iglesia es un símbolo del poder, es la zona última (el centro) donde puede refugiarse el poderoso a fin de escapar del indio. Y no se podía dejar lugar alguno como refugio ni como emblema del poder, había que destruir todo.

Lo que sucedía en el campo no podía sino horrorizar a la sociedad de entonces. Mariano Baptista, ex-presidente de la república y connotado conservador decía:

El vecindario de La Paz, la clase letrada y cristiana, la que vive en una atmósfera de civilización, siente por los aymaras un gran de horror.

(Ibidem, p. 38)

Belisario Díaz Romero, otro destacado pensador de la época, sostenía:

Si...estudiamos al aymara y al mestizo del aymara llegaremos al resultado fehaciente, comprobado y efectivo, de que la real y verdadera disposición morfológico-psíquica de este grupo humano es para el crimen, en sus matices y gradaciones más clásicos.

(Ibidem, p. 407)

Y Bautista Saavedra, nada menos que abogado de los procesados por la matanza de Mohoza, decía en "El Ayllu":

La índole cruel e indómita de los aymaras, parece ser hereditaria desde sus más antiguos antecesores.

(Ibidem, p. 407)

El indio aymara, tal vez más sufrido que el quechua y el de los llanos orientales, y el principal actor en la "revolución federal", era, para la élite, la encarnación del salvajismo y la crueldad^(*). Después de Mohoza se llevó a cabo un proceso de grandes dimensiones. Los inculpados fueron 288, las penas fueron desde trabajos forzados hasta la ejecución. Además, se aprovechó a los detenidos para que una misión científica francesa, la Créqui-Senechal que se encontraba en el país, los sometiera a pruebas antropométricas a fin de establecer las diferencias entre aymaras, quechuas y mestizos (Demelas, D.C., p. 65).

En 1885, cuatro años antes del conflicto que dividió al país, los liberales en la oposición se quejaban:

Con una población de cerca de dos millones apenas podemos poner en pie de guerra de 15 a 20 mil hombres porque la raza indígena que forma la mayor parte de aquella es inepta para las armas! ¿qué podemos hacer? Fomentar con ahínco la inmigración europea por una parte, y levantar por otra el nivel intelectual, físico y moral del indio a la altura del blanco o mestizo mediante un sistema de instrucción y educación especial y hábilmente combinado.

(Cornejo, p. 25)

Sin que se haya implantado en esos años un "sistema de instruc-

ción y educación hábilmente combinado", la población indígena dió muestra de una enorme capacidad de inventiva para la lucha, además de un gran valor coadyuvando al triunfo liberal. No obstante lo cual, los liberales no estaban dispuestos a reconocer virtudes, ni a mostrar gratitud alguna, ni antes ni después de la "revolución federal". Si para los sectores dominantes antes del 99, el indio era un ser salvaje y temible, después de esa experiencia lo era mucho más. Al haber mostrado entusiasmo, valor y sentido organizativo para la conquista de sus objetivos, se revelaba como mucho más temible que lo que antes parecía; había que evitar por todos los medios que la experiencia se repitiera.

Para los indios que habían empuñado las armas el 99, las cosas no se habían modificado. Si por una parte podían considerarse vencedores, en realidad habían sido derrotados. Los principales dirigentes fueron apresados, el Willka Zárate fue asesinado en 1901 estando prisionero; Juan Lero, otro destacado cacique que tuvo una importante participación en la experiencia de Peñas, murió en prisión. El proceso de Mohoza fue conducido de manera que sirviera como escarmiento para la raza aymara. El grito de ¡Viva Willka! en oposición al liberal ¡Viva Pando! parecía encontrar una justificación mucho mayor. Ni conservadores ni liberales iban a hacer nada por el indio.

...a partir de mediados de la década de 1910 empiezan a resurgir brotes de rebeldía en varias provincias del altiplano. Rebeliones de vasto alcance regional -como la de Pacajes en 1914- estallidos localizados y violentos como la sublevación de comunarios y colonos de Caquiaviri en 1918, o como la rebelión de Jesús de Machaca en 1921; movimientos endémicos e intermitentes como el de Achacachi entre 1920 y 1931.

(Rivera, p. 87)

El país vivía en medio de un generalizado conflicto entre el gobierno liberal de Pando y las tenazas democráticas del movimiento ayмара, surgidas con la guerra civil; el clima de abierta hostilidad hacia el indio adquiere, en tonces, todas las formas del racismo y el genocidio. En los conmovidos campos de Tiquigaya, distrito de Potosí, 40 mil indios de la región salidos de entre la peonía de las haciendas, libran sangrientas batallas en campo abierto contra las autoridades liberales (...). Durante una década en los valles de Chalanga, tienen lugar choques y refriegas, frente a gente armada que organiza una compañía gemera.

(Albarracín M., J., p. 93)

Así, después de un periodo de recuperación, en el que el movimiento indígena se replegó, volvió a sentirse la violencia en el campo. Pero ya ningún movimiento tendría las proporciones y la vitalidad del de 1899.

Estos acontecimientos tuvieron un gran peso sobre la sociedad boliviana de principios de siglo. El problema del indio quedaba instalado en la conciencia del país; el indio que había salido de su ostracismo para aparecer en el escenario nacional con una energía asombrosa. Esa presencia sería ya imborrable. El indio del siglo pasado no había demostrado todo su poderío, el que nace con la "revolución federal" está colocado en medio del escenario y exige una respuesta. Al llegar a constituir las multitudes indígenas un factor decisivo para solucionar las pugnas inter-oligárquicas, estaban implicando dos cosas: que su presencia política era imprescindible para la vida política de la nación y que la situación en la que la república las había colocado no podría mantenerse por mucho tiempo inalterable.

La élite liberal se sentía temerosa y avergonzada. Se encontra

ba en el poder gracias a esos indios de "índole cruel e infómita", por eso una vez consolidada la situación, tenía que borrar ese bohemismo del siglo. La forma de hacerlo era castigando a ese ser despreciado que la obligaba a la gratitud. La conservación de los privilegios señoriales, el absoluto desprecio por los derechos y necesidades de los indios y, finalmente, su persecución y exterminio, conforman el clima de los años inmediatamente posteriores al arribo de los liberales al poder.

UN CERCO SOBRE OTRO CERCO

El liberalismo, en cuanto fenómeno político y social, ocupa un largo periodo de la historia de Bolivia, más allá de los veinte años en que gobernó como partido.

La guerra del Pacífico sirvió para impulsar el pensamiento liberal y positivista que ya en los años posteriores se había enfrentado al conservadurismo. La profunda crisis que la guerra había provocado en la conciencia del país dió como resultado un ansia colectiva de renovación. Respondiendo a estas necesidades, el año 1880 se fundó el Partido Liberal, en él se agruparon los sectores de mentalidad más joven, aquellos que no coincidían con las posturas tradicionales de la élite de la plata. A partir de entonces, el liberalismo gana terreno con rapidez hasta quedar en condiciones de dar la batalla por el gobierno. Después de la caída de la última administración liberal en 1920 y de la ascensión al gobierno de los republicanos, el liberalismo permanece en la escena aunque cada vez más menguado, hasta su definitiva liquidación por el nacionalismo en 1952. Esta presencia de más de medio siglo en el escenario político del país, permeó notoriamente a Bolivia. Fue el liberalismo, en cuanto expresión política del positivismo, el caballo de batalla de una oligarquía que de alguna manera se sentía dueña de su destino, permitiendo el acomodo -la convergencia- de los distintos sectores de la clase dominante en torno de una idea de país, de una concepción de progreso, de una idea optimista de la historia nacional.

Este aislamiento de la élite respecto de las mayorías, se veía

reforzado por un otro aislamiento: la clase dominante boliviana siempre estuvo bastante alejada del resto del mundo. El complejo que representaba para ella su contaminación con lo "indio" le hizo mantenerse en una actitud imitativa de sus homólogas de otras naciones. El entusiasmo con que se entregó a la tarea de crecer a imagen de sus iguales europeas o, aún, latino-americanas, revela el enorme complejo de inferioridad que siempre llevó consigo.

Esta oligarquía en conflicto con su país y consigo misma, aborreció con pasión la tarea de modernización del país. Siendo una élite que aún no terminaba de constituirse en burguesía, mostraba fanatismo por el progreso, por el orden, creía en la ciencia, en la industria moderna, en la democracia, al mismo tiempo que dormitaba en el latifundio en medio de los pongos embrutecidos por el trabajo y el hambre.

El tema racial ha sido y sigue siendo hoy, un problema clave para la comprensión del "ser social" en Bolivia. El tema del indio, problemático desde cualquier punto de vista, ha generado una serie de respuestas desde los tiempos coloniales hasta nuestros días. La gama es muy amplia e incluye todos los planteamientos, desde el francamente racista que pretende el exterminio de los indígenas, hasta aquellos que propugnan la restauración del Imperio Incaico considerado como modelo de sociedad.

El indio y el mestizo no sirven estrictamente para nada en la evolución de las sociedades modernas hacia el progreso. En la lucha por la existencia deberán, tarde o temprano, desaparecer bajo la dominación de los blancos de raza pura o purificada.

(Demelas, citando a Gabriel René Moreno, en D.C., p. 64)

No busca este Partido el poder supremo para dominar al país; busca la verdad en las instituciones democráticas para mejorar la so-ciedad.

(Carta Orgánica del Partido Liberal. Cornejo, p. 35)

El liberalismo se propone las reformas progresivas, lentas y paulatinas que demandan las condiciones sociales de un pueblo, según sean su ilustración o ignorancia, sus virtudes o sus vicios, su índole permanente o sus circunstancias pasajeras, etc., en tanto que dicha demanda esté revelada por la opinión independiente de la mayoría nacional y apoyada por los principios filosóficos de la ciencia del derecho.

(Ibidem, p. 27)

Pese al indiscutible peso del liberalismo en la vida del país en las primeras décadas del siglo, su esfera de influencia fue, en un sentido, limitada. Los grupos dominantes hacen profesión de fe en el liberalismo pero no logran "derramar" sobre el conjunto de la sociedad civil su contenido ideológico. Esto se explica, sobre todo, por el carácter fuertemente indígena del país, por la profunda escisión racial y cultural de Bolivia. La obvia dificultad de difundir los contenidos ideológicos de las clases dominantes al conjunto de una población dividida, determina la existencia de una tradición política netamente coercitiva que se mantiene inalterable durante el siglo XIX y el XX.

El proyecto liberal de nación, o el cuerpo de ideas relativo al tipo de país que se pensaba construir, resulta necesariamente limitado, aunque en los hechos no encuentra obstáculos para cumplirse. Por lo menos los obstáculos que la falta de consenso podía levantar. El proyecto es aceptado y se realiza porque, de algún modo, los liberales son los representantes cabales del país - es decir, de esa estrecha sociedad civil que funciona como totalidad nacional- y de ese tiempo, y porque las marginadas care-

cían por completo de canales de expresión de su propia voluntad. Bastaba con que los liberales desde el gobierno y los núcleos centrales de la sociedad civil, formularan algunas ideas para ponerlas en práctica. Porque ¿ante quién las formulaban? Casi sólo ante sí mismos. Los otros, los indios, estaban muy lejos del liberalismo, del positivismo y de la república.

En lo discursivo, el liberalismo toca constantemente los temas de la libertad, del respeto a la voluntad de las mayorías, etc., pero en los hechos no se modifica el orden exclusivista que imperó en Bolivia desde su nacimiento.

Los principios que sustenta la escuela liberal se cifran en los derechos individuales que amparan la vida, la libertad, el honor y la propiedad del hombre, en la soberanía del pueblo, la descentralización administrativa y municipal, la concentración y unidad política, la tolerancia de opiniones, la instrucción obligatoria para el pueblo y gratuita por parte del Estado, la libertad de la palabra, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de trabajo, la inviolabilidad de la conciencia, etc., etc.

(Programa del Partido Liberal, Cornejo, p. 2)

Como sector hegemónico, rigió el destino del país durante varias décadas sin tener que afrontar una verdadera amenaza a su dominio. Y es que las clases dominantes podían prescindir en esos años -los momentos de mayor esplendor de la oligarquía- de un consenso. Bastaba con la exclusión de "los otros" y el apoyo de los iguales. Si en la realidad específica boliviana no podía funcionar un consenso amplio, la exclusión conseguía efectos parecidos.

Una vez que el proyecto oligarca dió todo de sí y empezó a perfilarse como anacrónico frente a la emergencia de nuevas clases -la clase obrera y los sectores medios urbanos- y el empuje de los sectores margina-

dos, empieza a hacerse notoria la ausencia de un verdadero consenso. La guerra del Chaco mostraría con una claridad dramática la naturaleza y destino de ese Estado y plantearía la necesidad de que, quebrando el abismo que las mantenía al margen de todo, las masas populares fueran las protagonistas de un proyecto distinto. La importancia de esas dos fechas en la historia boliviana: 1899 y 1952, radica en su carácter de resúmen. Son los momentos en que se resumen la ascensión y la caída de la oligarquía que nació y se desarrolló junto con el estaño. Con la llegada de esa nueva élite a la cúspide, el país se abre a un nuevo periodo en su historia que se clausurará cuando el empuje popular arrase con el liberalismo. 1952 es resultado del agotamiento del liberalismo; si los "barones del estaño" y los señores de la tierra aparecen como incoherentes para una sociedad que, pese a todo, se mueve y cambia; los indios y mineros empiezan a ser personajes inteligibles porque forman parte ya de esa sociedad. La absoluta marginalidad de estos sectores es un fenómeno del pasado. Para la sociedad liberal, los indios eran ajenos, extraños, y no resultaba tan difícil mantenerlos alejados; para el país surgido del 52, los señores resultan anacrónicos.

La escisión de Bolivia se remonta a sus orígenes. Desde la fundación de la república, los criollos convertidos en los rectores del nuevo país, se encontraron ante una realidad difícil por fragmentada ya sea en términos humanos o geográficos. Se trataba de un país que la historia había colocado en sus manos pero que con frecuencia parecía escapárseles por complejo.

Esos primeros bolivianos fuertemente impregnados del pasado

colonial, estaban sumidos en una crisis de identidad. No podían reconocerse en el mestizo y mucho menos en el indio, ambos les resultaban mucho más extravagantes que un español; pero, al mismo tiempo, los sentían demasiado próximos. Esta intuición de un parentesco con lo que se despreciaba, activó los mecanismos de defensa de su pretendida identidad cultural y racial, lo que resultó en el extrañamiento del "otro" fuera de las fronteras de lo que los criollos consideraban propio. El exilio y el desprecio del indio son las respuestas (no exentas de angustia) de unos hombres colocados frente a la inmensa tarea de construir una nación sobre la base de algo que sólo aceptan a medias.

Las ciudades bolivianas del siglo XIX y de principios de este siglo, fueron refugio de esos señores orgullosos y avergonzados en secreto de sí mismos. El cerco de Tupac Katari^(*) alrededor de la ciudad de La Paz en los últimos años de la colonia, era un cerco trazado sobre otro cerco: el que los españoles y criollos levantaron en torno a sí y que se mantuvo intacto mucho después de que los nietos de los cercadores indios habían muerto.

La oligarquía clausuró desde el principio las vías por las que habría podido tomar contacto con las masas indias como miembros de una misma nación, y si pudo vivir y gobernar aislada de los sectores populares fue porque en verdad ese contacto no era una condición necesaria para la mantención de su hegemonía.

...el jefe del Partido Liberal, José Manuel Pando, propone la exterminación de los indios, efectiva en las tierras del Oriente, mientras

(*) Tupac Katari fue jefe de las rebeliones indias contra el régimen colonial en el Alto Perú a fines del siglo XVIII. Su movimiento estaba estrechamente vinculado al dirigido por Tupac Amaru en el Perú.

que la resistencia y la importancia numérica de las comunidades la hicieron imposible en el altiplano. Así en 1392 la revuelta desesperada de los chiriguanos en el Chaco fue el pretexto para su masacre.

(Demelas, D.C., p. 64)

Para los sectores dominantes la constitución india del país ha tenido normalmente una implicación doble. Si por una parte, consideran al indio portador de todos los males y vicios que impiden el desarrollo nacional; por otra, saben que la fuente de su propia prosperidad son esos mismos indios que trabajan en las minas, el campo o sirven en sus casas. Por eso lo más razonable será soportar la existencia en contigüidad con el indio, porque sólo se puede ser "señor" mientras exista un servidor.

Como dice A. Mitre en su artículo "Alcides Arguedas y la conciencia nacional", las clases dominantes bolivianas son mestizas pero funcionan como blancas. No se reconocen tal como son, buscan sentirse distintas, "blancas", y en esta huida de sí mismas han llegado a convertirse en un mito para sí. El mito de la "hispanidad" de la élite ha funcionado perfectamente no sólo para ella sino, también, para los sectores dominados. Indios y mestizos ("cholos") ven a los señores realmente "blancos". Pero si el indio puede creer en la distancia racial existente entre él y su patrón, puesto que existe en verdad una brecha racial y cultural, acentuada por la condición de extrema explotación del indio; el "cholo" ve las cosas de distinta manera. Por su relativa proximidad a los círculos privilegiados y su condición mestiza, el "cholo" es un permanente candidato a ocupar un lugar dentro de la clase dominante que le permita desembarazarse de su condición de "cholo" y convertirse en "blanco". Por este conocimiento que el "cholo" tiene del secreto, es un peligro para la élite. Esto explica, cuando menos en parte, el que los señores hayan sido capaces de reconocer

en medio de todos los vicios que le atribuyen al indio, algunas virtudes, y es la causa de su total incapacidad para reconocer alguna en los mestizos. El indio está tan alejado del "blanco" que no hace falta alejarlo más; el mestizo, en cambio, tiene que ser estigmatizado para cerrarle el paso.

Los mestizos con su tórax levantado por los apetitos y su espíritu uncido por instinto al proselitismo del caudillaje, representan en la especie humana una variedad subalterna que corresponde a una degeneración confusa de la impetuosidad española y del apocamiento indígena. ¿Cabe alimada más dañina en la sociedad que el cholo abogado, ni gato montés más rapaz y bravío que el cholo mandón?

(Francovich, G., citando a G.R. Moreno, p. 230)

El "cholo" aparece ante el señor como un espejo que le muestra su verdadero origen. Pero una vez que ha logrado formar parte del círculo de los privilegiados, será un celoso guardián del mito de la pureza racial.

Pese a todo, del seno de la propia oligarquía surgieron interpretaciones lúcidas que permiten la desarticulación de ese aparato mítico tan eficaz para la dominación. La obra de Alcides Arguedas, no obstante todas sus contradicciones y las apariencias contrarias, se encuadra en esa perspectiva.

En Bolivia (...) no se sabría precisar, ni aún deslindar, las diferencias existentes entre las llamadas raza blanca y raza mestiza. Físicamente ambas se parecen, o mejor, son una. El cholo (raza mestiza) en cuanto se encumbra en un medio ya es señor, y, por lo tanto, pertenece a la raza blanca.

(Arguedas, P.E., p. 36)

Los señores herederos de los criollos que habían expulsado a los españoles, tenían aún rasgos que los emparentaban con éstos. En un primer momento, durante la guerra de la Independencia, se habían mostrado anti-

hispanos como parte de una imprescindible labor de defensa y autoafirmación; pero, después, cuando ya no era necesario hacer frente a los colonizadores, sino que había que trabajar "hacia adentro" para construir una nación, las dificultades que planteaba un país fuertemente escindido llevaban a buscar la identificación con lo hispánico (lo europeo) para defenderse de lo indígena^(*).

Con el paso del tiempo y con la cada vez mayor y más clara capitalización del país, la élite republicana logra un "modo de ser" propio; este es un hallazgo que en buena medida se cumple con la ascensión del liberalismo, pero que nunca llega a ser pleno porque pareciera que se encuentra situado en ese estrecho espacio de la vida del país, entre la colonia y la ruptura del orden oligárquico.

No parece ser tan estrecho si se piensa que entre una y otra median más de cien años, pero sí lo es si se toma en cuenta que la mayor parte de ese tiempo estuvo ocupada por la lucha sorda (a veces no tanto, la larga historia del llamado "caudillismo militar" que va desde la fundación de la república hasta la guerra del Pacífico lo atestiguan) de la oligarquía criolla por lograr una identidad propia.

La "revolución federal" de alguna manera representa el triunfo de la oligarquía sobre sí misma. Los liberales son la expresión de la madurez de la élite que parece hallar al fin un modo de pervivir y de dominar. Y puesto que lo primero es resultado de lo segundo, los modernos mineros

(*) Arguedas cuenta con ironía cómo se entendía el progreso: "...el municipio de Oruro dictaba esa ordenanza aboliendo el traje nacional de los indios para dar muestras de progreso local y obligándoles a vestir "el traje moderno de los pueblos civilizados", que decía la tal ordenanza del municipio orureño dada el 9 de julio de 1928." (Arguedas, P.E., p. 70)

del estaño son la condensación de las posibilidades de desarrollo de la oligarquía boliviana. Su máxima expresión es, por supuesto, Patiño, pero también es él, el último de sus hijos. El país entero está agobiado, sólo le restan fuerzas para asistir con asombro al espectáculo de su gloria y caer en el abismo abierto por su "grandeza". Después de Patiño no puede haber otra cosa más que el movimientismo.

La "revolución federal" es el punto culminante en el desarrollo de la oligarquía, es el momento en que éste se encuentra en posibilidad de creer que ha llegado al término de su largo y tortuoso proceso formativo, lo cual le permite formular un proyecto con ciertas perspectivas de éxito. Pero como es la cima, también empieza pronto el descenso, que no termina sino en el quiebre de 1952, con la sustitución del liberalismo por el nacionalismo.

El triunfo liberal permite la concentración del poder en manos de los sectores generados por la nueva condición que había asumido el país como productor de estaño. Esa oligarquía en ascenso, aliada a las viejas élites, conformará un bloque de gran solidez que gozará de un dominio largo y relativamente tranquilo.

La sociedad civil, tradicionalmente débil y discontinua, adquiere más cuerpo y poco a poco empieza a expresarse con un lenguaje propio, distinto del discurso exclusivo de la oligarquía. En este contexto, el proceso cultural se fortalece y cristaliza en nuevas propuestas literarias, como expresión de una sociedad que está viva y que lucha por ser fiel a sí misma.

En esta etapa, el proyecto nacional que va más allá del de las nacionalidades, o del proyecto oligarca mismo, empieza a manifestarse con cierta independencia. Es la sociedad civil que se ensanchaba inevitablemente, la que da aliento a un proyecto propio de construcción de la nación. Esos hombres que en el principio del siglo lamentaban la inexistencia de la nación, estaban dando vida con su voz a un proceso nacional irrefrenable. Las masas indias exiliadas del país, conferían con sus rotundas movilizaciones una "forma" a esa nación que pretendía excluirlos. La sociedad se modificaba y ni el Estado ni la nación podían mantenerse ajenos a los requerimientos de la historia. El llamado "Estado oligarca" y la nación que para muchos no existía, hicieron posible, en cuanto entidades vivas y cambiantes, la propuesta nacionalista, la revolución de 1952 y el país que existe hoy.

EL ESPACIO DE LAS LETRAS

CON LA CIENCIA A CUESTAS

Los últimos años del siglo XX encontraron a Bolivia sumida en una profunda discusión filosófica y política. Había pasado ya el tiempo en que la nueva república intentaba, en medio de la violencia, situarse y empezar a vivir como tal. En buena medida lo dejado por la colonia había permanecido inalterable y continuaba funcionando como por inercia, sin que se dejara sentir el espíritu renovador que podía haber brindado la Independencia. La vida intelectual del país estaba totalmente adormecida en los primeros tiempos republicanos, la élite criolla no parecía muy interesada o se veía imposibilitada de revitalizarla.

El año 1827 se dicta el Estatuto Orgánico de Instrucción y se asigna un presupuesto de:

...131.924 pesos para el sostenimiento de un seminario, de seis colegios de ciencias, de ocho de huérfanos y huérfanas y más o menos ochenta escuelas de instrucción primaria. El presupuesto representa menos de la décima parte del presupuesto militar.

(Guzmán, A., p. 185)

La Universidad de San Francisco Xavier en Sucre, fundada en el siglo XVII, se mantuvo como un centro importante, aunque no en la misma medida en que lo fue en la colonia. La Universidad de La Paz fue fundada en 1830 y la de Cochabamba en 1832. Las tres se dedicaron a la formación en las áreas tradicionales -teología y derecho- y aunque se fundaron algunas facultades y escuelas de medicina, comercio, agricultura, etc. (todas ellas de corta vida), no lograron cambiar en nada el panorama general de la cultura en Bolivia. En 1900, de una población de cerca de 2 millo-

nes, sólo 218.845 eran alfabetos. Había siete universidades donde se podía estudiar derecho, medicina y teología (Arguedas, P.E., p.147)(*).

En esos años llega a Bolivia el naturalista francés Alcides D'Orbigny que estudia a los diferentes grupos indígenas y a los distintos medios naturales del país. Producto de sus observaciones es su obra "El Hombre Americano". En 1845 se fundó el primer diario en La Paz, "La Epoca", y en 1852 apareció en Cochabamba la primera publicación de carácter cultural con el nombre de "Revista de Cochabamba".

Después de la guerra del Pacífico, la vida intelectual del país tuvo un resurgimiento. Había concluido la etapa de gobiernos militares. Se salía de la experiencia de la guerra con una gran frustración pero con la voluntad de empezar a "construir el país". La crisis económica, producto del estancamiento de la actividad minera, había sido superada. La vida política del país se organizaba según los cánones clásicos del bipartidismo y de la democracia, aunque ésta fuera solamente una ficción.

Es en esos años que se da la discusión entre conservadores y positivistas liberales, atrincherados los primeros en la Iglesia y los círculos de gobierno, y los últimos desde la oposición.

La crisis generada por la guerra fue un excelente abono para la difusión de las ideas positivistas y liberales. En 1876 se había fundado en la ciudad de La Paz el Círculo Literario que reunía a un grupo de escritores del que se destacaba Agustín Aspiazu. Aspiazu era un posi-

(*) "El anhelo de instrucción era tal, que en el año 1901 la Facultad de Tarija contaba con un profesor y un alumno; la de medicina de Cochabamba, un profesor y cuatro alumnos. (Arguedas, P.E., p. 147)

ativista convencido que se dió a la tarea de producir una renovación cultural en el país. En 1839 fundó la Sociedad Geográfica de La Paz destinada a promover el conocimiento del país a través de la investigación científica. Los positivistas de fines de siglo hicieron en Bolivia, como en otras partes, un verdadero culto a la ciencia, que muchas veces se reveló más como una práctica discursiva que como una real vocación investigativa. La religión y la filosofía fueron atacadas en nombre de la ciencia, lo que motivó la airada defensa de los valores tradicionales por parte de la Iglesia a través del Arzobispo de Sucre, Miguel de los Santos Taborga, destacado personaje de la época y brillante exponente del pensamiento conservador.

El Arzobispo de Sucre expidió una Pastoral refiriéndose a la Encíclica que el Papa León XIII había dirigido a la cristiandad previniéndola contra la masonería y el liberalismo.
(Francovich, p. 184)

Esta es una época empapada de una enorme fe en el progreso apoyado en la ciencia, se creía en la posibilidad de hacer de Bolivia una nación moderna. Incluso aquellos que en el terreno político se ubicaron en el conservadurismo, tenían fe ciega en las bondades de la ciencia y la técnica modernas.

El positivismo en Bolivia fue, sobre todo, una forma de darwinismo social. Los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste se caracterizaron por la presencia dominante de una concepción de la realidad social que la veía como un todo en evolución constante y lineal. Esta evolución iría operando una selección natural de los individuos. Era una interpretación del desarrollo histórico a todas luces apropiada para la élite de un país marcado a fuego por la presencia indígena. Los indios sólo podían ser vistos como bestias de trabajo susceptibles de ser despla-

zadas del suelo nacional por otras razas mejor dotadas.

M.D. Demelas afirma con razón que ello no significa que las clases dominantes "utilizaron" el darwinismo social con fines meramente justificatorios. Más se trataría de que esta concepción fue la que la oligarquía tuvo al alcance de la mano, era un cuerpo de ideas que le resultaba accesible y que le permitía, al mismo tiempo, acercarse a la "modernidad". Casi podría decirse que ésta era la única posibilidad de universalización de la clase dominante boliviana, en el sentido de que era la forma más sencilla en que podía concebirse a sí misma y a su entorno, sin salirse de los cánones del pensamiento de esos años.

Esa oligarquía enterrada entre las cordilleras y ahogada en la masa india, soñaba con verse como las burguesías de las naciones desarrolladas o, cuando menos, como sus homólogas argentina y chilena. Soñaba con convertir a Bolivia en un país moderno, industrial y fuerte. Y en esos sueños por supuesto que no encajaba el indio. El indio era un lastre que había que remolcar, como una especie de fatalidad, según los enfoques más tibios, o eliminar, según los más radicales.

El auge del darwinismo social es común a la mayor parte de los países latinoamericanos durante esos años. En Europa, el positivismo había tenido enorme influencia sobre la teoría social^(*); en Bolivia, se lo asimila a través de una de sus corrientes, no la más lúcida, sino la que proporciona una visión más simplista y esquemática de la realidad social. El retraso con que prende esta forma de pensamiento en el país se

(*) H. Spencer desarrolló en torno de la obra de Darwin un pensamiento que entendía la evolución de las sociedades a partir del concepto de supervivencia del más apto. Las distintas tendencias del "darwinismo social" europeo, fueron conocidas en Bolivia en las bibliotecas de Sucre y Cochabamba, en las particulares de Modesto Omiste y Gabriel René Moreno y en algunas de La Paz y Santa Cruz, en las cuales se encontraban obras de Spencer, Bagehot, Haeckel, Lanessan, Boucher, etc.

explica por las mismas razones que posibilitan su supervivencia más allá de la que goza en otros países. Es el tributo que debe pagar una nación pobre y joven a las naciones más afortunadas.

El triunfo liberal corresponde al auge del positivismo que, si en sus inicios fue más bien filosófico, se va haciendo cada vez más pragmático. Patiño, el producto más notable del liberalismo es ya el menos puro. No existe ningún parecido entre el afortunado minero y un Benjamín Fernández, intransigente defensor del positivismo contra el pensamiento conservador, que decía sobre la importancia de los ferrocarriles en exaltadas palabras:

Las vías férreas son un poderoso instrumento de civilización y de progreso porque por ellas, a más de los objetos materiales que se transportan, viajan las ideas, se abren paso franco las doctrinas, la tolerancia se introduce con la inmigración, la libertad crece y se ensancha con la variedad de opiniones y de creencias que resultan del contacto de diversas nacionalidades. Su empuje es irresistible.
(Francovich, p. 199)

Los primeros liberales dan rienda suelta a los sueños, había que abrir vías de comunicación, desarrollar la industria, atraer corrientes inmigratorias, colocar a Bolivia a la altura de las "naciones civilizadas", aunque el contenido fuertemente indígena del país dificultara la tarea. Si para estar a tono con la época era preciso realizar una "Exposición Universal", había que hacerlo (*).

Pero, poco a poco los sueños liberales van cediendo terreno a las necesidades más prosaicas de los negocios mineros. Si el Arce de

(*) Con motivo de la celebración del primer centenario del 16 de julio en 1909 se organiza en La Paz una "Exposición Universal" que le hace decir a un periodista demasiado entusiasmado con la perspectiva: "Nueva colmena de la actividad humana, como fueron Menfis, Babilonia, Grecia, Roma; como son Londres, Nueva York, París, Buenos Aires." (Citado en Arguedas, P.E., p.111)

Huanchaca pensaba que al construir un ferrocarril estaba modernizando sus negocios y al mismo tiempo engrandeciendo al país con una tarea urgente del desarrollo, Patiño sabe que no hay conexión entre sus intereses y los de la nación y que, en todo caso, el progreso nacional debe subordinarse a los progresos de la Patiño Mines.

El liberalismo se fue revelando cada vez más como discurso que como práctica. La doctrina es las más de las veces letra muerta pero venerada, incuestionable. Con el tiempo va adquiriendo un carácter fuertemente mitológico. Los sueños cosmopolitas en los que la oligarquía se ve a sí misma "civilizada", moderna, universal, no están ausentes de la acogida que le da al liberalismo.

Guillermo Francovich dice:

...el progreso tenía que venir con el predominio cada vez mayor de las fuerzas del pensamiento y que una vez vencidas las resistencias establecidas por los prejuicios, la ignorancia y las concepciones arcaicas de la realidad, las leyes naturales de la historia conducirán a formas cada vez más perfectas de vida social. Esa confiada seguridad en el futuro nacional y humano era común en Bolivia a todos los hombres del principio del siglo XX.

Esta fe en la ciencia y el progreso promovió la investigación sobre el pasado histórico del país y sobre su realidad presente; se realizaron trabajos arqueológicos, sociológicos, lingüísticos, históricos, etc. Belisario Díaz Romero publicó "Tiahuanacu, Estudio de Prehistoria Americana" en 1905; Daniel Sánchez Bustamante publicó en 1903 sus "Principios de Sociología" y en 1905 "Principios de Derecho"; Casto Rojas escribió en 1915 una "Historia Financiera de Bolivia"; Rigoberto Paredes publicó varias "Relaciones Históricas" y "El Arte en la Altiplanicie" en 1913.

Sánchez Bustamante emprendió la tarea de reformular el sistema educativo nacional, para lo que fundó en Sucre, en 1909, la primera Escuela Normal destinada a la formación de maestros. En 1912, bajo su impulso, se reorganizó el sistema educativo con el asesoramiento de una misión belga y se crearon Escuelas Nacionales Normales para la enseñanza de la agricultura y las artes manuales. La educación tomó una orientación laica y por primera vez se tomó en cuenta las necesidades educativas del indígena, por supuesto que desde una perspectiva paternalista y asistencialista.

Ignacio Frudencio Bustillo decía con ánimo crítico:

...el derecho actual haciendo una abstracción inadmisiblemente abandona al indígena a su propia suerte por el sólo hecho de considerarlo un su jeto de derechos libre y soberano, que debía bastarse a sí mismo. Pero en realidad el indígena era un infeliz que se hallaba a la merced de quien quisiera explotarlo. El derecho, pues, en vez de otorgarle esa autonomía que no podía practicar debía reconocer la verdadera condición que tenía dentro de la realidad social y otorgarle derechos de acuerdo con la función social que podía desempeñar.

(Citado en Francovich, op. cit., p. 225)

El liberalismo, fiel a sus principios, por lo menos en lo discursivo, se mostraba partidario de desarrollar a Bolivia en todos los campos y no circunscribirla a una única actividad productiva. En el "Programa del Partido Liberal" de 1885 postulaba como metas del desarrollo económico:

Fomentense las industrias agrícola, minera, comercial, manufacturera, etc., ya mediante escuelas técnicas que deben implantarse, ya mediante capitales e industrias extranjeras que procuremos atraer. Proporcionéense muchas salidas al exterior, aunque sea por puertos ajenos (fuera del propio que sobre el Pacífico debemos tener), allánense los caminos interiores, realícese la navegación de nuestros ríos y esfuércese en plantear el ferrocarril nacional.

(Cornejo, p. 25)

Sin embargo, la realidad se imponía y de la utopía había que descender a solucionar los problemas. Casto Rojas, un liberal destacado, decía en 1909:

La civilización boliviana está llamada a mantener su preferente desarrollo en la parte central y occidental siguiendo el curso de los filones mineralógicos, cuya red abarca la extensión de las cordilleras y sus contrafuertes. Los hechos y una clara previsión del porvenir, nos inducen a pensar que nuestra orientación económica lejos de desviarse a factores de segundo orden, debe adoptar por norte la minería, fomentando especialmente la explotación del estaño, tópicos al cual deben contraerse todas las energías del país y los cuidados de una buena política financiera.

(Citado en Francovich, p. 17)

El carácter minero del país, la preponderancia de la explotación estañífera sobre toda otra actividad económica, era muy clara para los liberales en el gobierno. ¿Para qué intentar un desarrollo de la agricultura o de la industria, si Bolivia estaba destinada a ser un campamento minero? La política que adoptaron durante los veinte años en el gobierno fue esa. Sus sucesores republicanos y los que los siguieron continuaron por el mismo camino con igual convencimiento.

II

LAS LETRAS

Bolivia nació a la vida republicana en medio de un ambiente general de decadencia. Contrastando con los entusiasmos de la élite

criolla, la realidad del país mostraba con terquedad su miseria. Las luchas por la Independencia, la crisis económica provocada por el postramiento de la actividad minera, la inestabilidad política de los primeros años; fueron factores que incidieron negativamente sobre la vida intelectual y artística del país:

Durante las primeras décadas del siglo Bolivia decayó a un nivel de actividad intelectual mucho menos intensa que en cualquier otro momento de su historia.

(Klein, p. 193)

Durante la colonia, la Audiencia de Charcas conoció una rica actividad artística, sobre todo en el campo de la pintura. El más destacado de los pintores coloniales es, sin duda, Melchor Pérez de Holguín perteneciente a la escuela potosina, que tuvo una enorme influencia sobre la pintura de su época y la posterior. La colonia produjo una obra pictórica importante, debida en gran medida a artistas populares que, en muchos casos, quedaron en el anonimato. También se desarrolló la escultura en madera y piedra y el trabajo de la plata labrada. El estilo "mestizo-barroco" de los artistas populares influyó notablemente sobre el arte más académico dotando a la producción altoperuana de una personalidad propia. Es interesante observar la vitalidad del arte indígena y mestizo durante la colonia. Klein menciona a la escuela "qolla" de pintura que floreció después de 1650 en la región del lago Titicaca, una de las principales zonas agrícolas de la Audiencia y el corazón del mundo aymara.

Sin embargo, y pese a la obra de los cronistas, la literatura no conoció un desarrollo similar, su evolución fue lenta y siempre se mantuvo a la zaga de la de los vecinos.

Incluso en el campo histórico y filosófico Charcas permaneció hasta muy entrado el siglo XVIII una región relativamente atrasada, incluso comparada con el Cuzco, para no decir nada del resto de América. Y en la esfera cien

tífica la única obra de importancia sigue siendo el clásico aislado Arte de los Metales escrito hacia 1640 por el sacerdote botánico Alvaro Alonso Barba, el más importante tratado metalúrgico escrito en América durante el siglo XVII.

(Ibidem, p. 115)

Durante el siglo XVIII el campo de las letras se vio reanimado por la obra de algunos historiadores, en 1724 Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela escribió su "Historia de Potosí" y algunos años más tarde Pedro Vicente Cahete escribió otra obra sobre la Villa Imperial.

La política de la Corona Española respecto a la difusión de obras literarias en sus colonias era tajante. Estableció un sistema de vigilancia sobre la salud espiritual de sus súbditos americanos que imponía un severo control sobre aquellas obras que podían resultar perniciosas. Es muy ilustrativa al respecto la Real Cédula de 1543:

Sabed que de llevarse a las Indias libros de romance y materias profanas y fábulas, así como son libros de Amadís y otros desta calidad de mentirosas historias, se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieren leer dándose a ellos dejarán los libros de buena y sana doctrina y leyendo los de mentirosas historias deprenderán en ellos malas costumbres y vicios; y demás desto, de que sepan que aquellos libros de historias vanas han sido compuestos sin haber pasado así podría ser que perdiesen la abtoridad y crédito de nuestra Sagrada Scriptura y otros libros de doctores santos, creyendo, como gente no arraigada en la fé que todos nuestros libros eran de una abtoridad y manera; y porque los dichos inconvenientes y otros que podría haber se excusen, yo vos mando que no consintáis ni deís lugar que en ninguna manera pasen a las dichas nuestras Indias libros algunos de los susodichos, y para ello hagáis todas las diligencias que sean necesarias, de manera que escondidamente ni por otra vía no se lleven, porque así conviene al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro.

(Citado por Finot, E., p. 43)

A la vuelta de dos siglos, la actitud de la Corona no ha-

bía variado sustancialmente, en 1782 fueron prohibidos los "Comentarios Reales" del Inca Garcilazo de la Vega por la famosa predicción que hacían y que inquietaba al gobierno colonial. El Quijote fue también un libro prohibido, pero entró a la Audiencia de contrabando al igual que otros clásicos españoles.

Hay que anotar que la imprenta llegó recién a fines del siglo XVIII y que la población alfabetizada e hispanohablante era realmente minúscula; según Klein, la población que era monolingüe o bilingüe castellana no llegaba al 20%. Esto debe explicar, también, el atraso tradicional de las letras.

Las primeras obras literarias bolivianas aparecieron en la década del sesenta del siglo pasado. La primera fue "Los Misterios de Sucre" de Sebastián Dalence, con una clara influencia de la obra folletinesca de Eugenio Sue. Poco después le siguieron "La Isla" de Manuel María Caballero y "El Templo y la Zafra" de Félix Reyes Ortíz. Todas ellas se inscriben dentro de la tradición romántica, ya trasnochada, que se había heredado de Europa.

Hasta 1880 en que el romanticismo literario empieza a quedar atrás, la obra de los poetas y narradores no dió grandes frutos. En 1885 aparece la primera novela boliviana importante, "Juan de la Rosa", de Nataniel Aguirre (1843-1938). Es la novela de la Independencia, recrea

los acontecimientos de Cochabamba con riqueza literaria en un estilo sencillo, carente del rebuscamiento común en esa época. Sus valores son grandes, la participación popular en la gestación de la nación es captada con agudeza en una afortunada mezcla de elementos románticos y realistas.

"Juan de la Rosa" es una novela expresiva del carácter nacional sin caer por ello en el folclorismo que sería tan socorrido en los años siguientes.

Una obra de gran importancia para la cultura en Bolivia es la de Gabriel René Moreno (1836-1908). René Moreno fue un hombre erudito; historiador, crítico literario, tuvo una destacada actuación política durante la guerra del Pacífico. Vivió gran parte de su vida en Chile donde se vinculó con Blest Gana, Amunátegui y Lastarria, con quien fundó el Círculo de Amigos de las Letras. Académico fundador de la Academia de Bellas Artes de Chile junto a Vicuña Mackena, Barros Arana, Lastarria, Amunátegui, etc. No obstante, la preocupación central en su vida fue Bolivia. Escribió las biografías de Néstor Galindo y Daniel Calvo, poetas románticos, que son más bien trabajos de crítica literaria, en su obra "Introducción al Estudio de los Poetas Románticos". Posteriormente publicó "Elementos de Literatura Preceptiva", "Ultimos Días Coloniales en el Alto Perú", una "Biografía del General Don José Ballivián y Segurola", "Bolivia y Argentina", "Bolivia y el Perú", y otros. La obra de René Moreno fue original, lo que hizo que algún crítico lo llamara "espíritu clásico en un medio romántico".

René Moreno se duele de la frustración a la que son condenados los poetas en Bolivia por obra de las circunstancias políticas que se imponen a todo:

En la edad lozana en que las potencias del espíritu entran en efervescente y misteriosa incubación, los hombres son arrastrados en Bolivia por el huracán revolucionario, que jamás

les deja punto de reposo, y que más tarde, como menudas piedras de aluvión que el torrente ha sacudido, golpeado y gastado unas con otras, los arroja exhaustos y en confuso hacinamiento a las trilladas y desiertas riberas de lo pasado.

(René Moreno, p. 73)

René Moreno fue un positivista, un darwinista (según H.D. Demelas) que creía en la superioridad del blanco; no en vano había nacido en Santa Cruz, territorio que se mantuvo durante mucho tiempo aparte del proceso de mestización que tenía lugar en el resto del país. René Moreno, como anota Demelas, pese a su filiación conservadora y su desprecio por el mestizo, ve que el único futuro posible para Bolivia es el mestizaje y pone su esperanza en que éste sea democrático como lo fue en la Argentina, aunque teme que la reducida raza blanca se vea sobrepasada por la india y que los valores de aquella se pierdan definitivamente.

La obra de Gabriel René Moreno influyó notoriamente en Bolivia. Arguedas decía de él "gran señor de letras, un verdadero gran señor", y creía que su obra era "la más abundante, la más meditada, la más homogénea de Bolivia" (Citado en Albarracín, p. 225)

El romanticismo había dado obras de un fuerte sentimentalismo y de una religiosidad reñidos con las nuevas concepciones del arte. Como respuesta a la esterilidad de los románticos y junto con el auge político del liberalismo y filosófico del positivismo, surgen los movimientos modernista y naturalista.

Daniel Sánchez Bustamante decía sobre el modernismo:

El carácter propio del modernismo boliviano es buscar la inspiración en la conciencia contemporánea; es el deseo de abandonar una

poesía sentimental y rancia; es la ascensión del espíritu crítico a las nuevas concepciones de lo bello; es la soltura y la originalidad de la frase, saliendo de trilladas figuras y tradiciones las misteriosas armonías del alma, y, por encima de esto: la nueva vida, las nuevas ideas.

(Citado en Francovich, p. 23)

El modernismo dió grandes poetas como Ricardo Jaimes Freyre^(*) (1856-1933). Franz Tamayo (1879-1956) y Gregorio Reynolds (1832-1947); son poetas preocupados, sobre todo, por la perfección formal. Frecuentemente eligen temas exóticos, lo que hizo que no se considerara su obra como "nacional". Jaimes Freyre se basa en la mitología nórdica; Reynolds, y sobre todo Tamayo, en la mitología griega. Sin embargo, la presencia del paisaje nacional parece contundente, aún en la obra de estos poetas. Carlos Medinaceli pensaba que: "Los ambientes de los poemas escandinavos o los de la Prometheida de Tamayo (son) trasposiciones del paisaje primitivo de América" (Ibidem, p. 121).

Tamayo produce una importante obra poética al tiempo que medita sobre la realidad del país. Para él, la tierra tiene una importancia central en la determinación del modo de ser del hombre. La tierra y el hombre -la raza- de alguna manera se corresponden. Dice:

El alma de la tierra ha pasado a ésta (la raza india) con toda su grandeza, su soledad, que a veces parece desolación y su fundamental sufrimiento.

(Citado en Francovich, p.229)

El indio era el fundamento de lo boliviano, era la raza que realmente podía hacer grande a Bolivia.

...el indio es el verdadero depositario de la energía nacional; es el indio el único que, en medio de esta chacota universal que llamamos república, toma a lo serio la tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o mi

(*) Jaimes Freyre escribió también algunos cuentos indigenistas como "Justicia india".

nera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana.

(Tamayo, F., p. 72)

Para Tamayo, la república, la nación de una minoría blanca o semiblanca, es un absurdo, un desperdicio dramático de lo que en verdad constituye la riqueza humana de Bolivia.

Porque es preciso saber que Bolivia no está en ferma de otra cosa que de ilogismo y de absurdo, de conceder la fuerza y la superioridad a quien no las posee, y de denegar los eternos derechos de la fuerza a sus legítimos representantes.

(Ibidem, p. 72)

Tamayo escribe entre julio y septiembre de 1910 una serie de artículos de prensa que después serían reunidos en un volumen bajo el título de "Creación de la Pedagogía Nacional", con la intención de hacer una crítica sistemática de los criterios seguidos por los reformadores belgas de la educación boliviana. Sin embargo, "La Creación de la Pedagogía Nacional" va mucho más lejos. Es un análisis del país, de su cultura, es un reclamo en pro de la idea nacional. Para llegar a la nación en plenitud,

...se trata de rectificar una manera de concebir torcida y malinteresada respecto del indio y su significación dentro de la nacionalidad boliviana.

(Ibidem, p. 157)

Porque Tamayo cree que la nación reside en el indio que es quien posee la "energía nacional"

Tenemos que librar aún la última campaña de la independencia y destruir definitivamente el espectro español que aún domina nuestra historia.

(Ibidem, p. 158)

En su obra se muestra partidario del nacionalismo y del voluntarismo que de alguna manera se anticipa al pensamiento fascistoide que tendría auge en la posguerra. Era un admirador decidido de Alemania e In-

gluterra y pensaba -al igual que todos los hombres de su época- que pa-
ra la creación de la pedagogía nacional sería necesaria la dirección de
una "eminencia científica europea". Decía que "el sólo medio de apresurar
la civilización de nuestros países nuevos es ponerlos en inmediato contac-
to con el pensamiento y el esfuerzo europeos" (Ibiden, p. 13) pero esto
siempre que se considere como fundamentos de la nación al indio y al mes-
tizo que, educados, podrían darle una nueva fuerza.

Tamayo, con esa peculiar mezcla de indigenismo y helenismo,
con su imponente personalidad y su orgullo herido de hombre solo e incom-
prendido, desarrolla una labor decisiva en las letras y la cultura nacio-
nales. Su participación política, fugaz e ingrata, revela que existía una
brecha entre la labor estética, y en general intelectual, y la lucha polí-
tica. Tal vez Tamayo sabía que su lugar estaba en el aislamiento desde
donde alzaba una voz fuerte, airada y poco escuchada.

Yo fui el orgullo como se es la cumbre
y fue mi juventud el mar que canta,

¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?

No rías, Mevio, de mirar la cumbre,
Ni escupas sobre el mar que ya no canta.

Si el rayo fue, no en vano fui la cumbre,
y mi silencio es más que el mar que canta.

(Tamayo, F., Scherzos.)

LAS LETRAS ACUSAN

En los inicios del siglo, casi al mismo tiempo en que los modernistas bolivianos creaban una obra poética importante, aparece una nueva corriente literaria en el país. El año 1904, seis años después de la publicación de "Las Odas" de Tamayo y de "Castalia Bárbara" de Jaimes Freyre, Alcides Arguedas (1879-1945) da a conocer una novela extraña titulada "Wata Wara". Es la señal que marca el inicio de la corriente realista en Bolivia, que algunos autores como Hauser, consideran apropiado denominar naturalismo, reservando el nombre de realismo para la filosofía opuesta al romanticismo y al idealismo.

Como consecuencia de los profundos cambios que había vivido el país con el nacimiento del siglo, y reaccionando contra la tradición literaria romántica y la propuesta modernista, el naturalismo se declara interesado en descubrir, con la mayor fidelidad posible, la verdadera situación del país. Concibe a la literatura como un arma para la denuncia social que promoverá una reforma. No obstante, Arguedas reconoce con amargura que:

El romanticismo gimiente, dolorido, apasionado, es el único género musical y literario que se armoniza con el temperamento general. (Y) Los cantares españoles más sentidos encuentran su patria de adopción en el Perú y Bolivia. Bécquer encanta: se ha puesto música a la mayor parte de sus versos y se recitan de memoria las estrofas de Esproceda, las dirigidas a Jarifa. Semejante sentimentalidad enfermiza no sólo se manifiesta en la poesía, sino en las costumbres, en la vida privada y, sobre todo, en la música.

(Arguedas, P.E., p.131)

Por eso, la labor que inicia es una pesada carga, habrá que ir contra la corriente, hablar a quienes no quieren escuchar y hacerlo en un lenguaje nuevo.

No; escribir no es oficio en Bolivia. Es una singular ocupación de vagos, o de ilicetas que pagan y dilapidan dineros de heredad para publicar lo que escriben.

(Arguedas, *Ibidem*, p.375)

En Europa, ya Flaubert y Zola habían producido su obra y en América, bajo su influencia, se inicia un movimiento general hacia el naturalismo. En México aparece "Santa" con gran éxito de público y en la Argentina "Stella", obras melodramáticas dirigidas a un público nuevo que se mueve en los espacios urbanos modificados por la presencia de fábricas, talleres, etc. La emergencia de estos sectores urbanos en las ciudades mayores de América Latina, hace posible el desarrollo de una literatura contestataria, que los expresa. No es, empero, el caso de Bolivia.

En el país, pese al crecimiento de la economía con el auge del estaño, no existía un público capaz de generar un movimiento literario renovador. Quizás por esto, la renovación literaria fue "vertical". Surgen el indigenismo con "Wata Wara" y, especialmente, con "Raza de Bronce", y la novela minera con "En las Tierras del Potosí", pero son obras destinadas a no ser leídas, o a ser consumidas sobre todo por la élite.

En Bolivia, la obra de Zola tiene gran repercusión (dentro de un círculo relativamente pequeño que era el de los lectores); se lo considera "el maestro". Sus postulados encontraron mucho mayor eco que los de Flaubert, ligados a un esteticismo que la mayor parte de los escritores no modernistas rechazaban. Daniel Sánchez Bustamante definía a la nue

va corriente de este modo:

El naturalismo tal como lo entiende el maestro (Lola) implica la negación de todas las ideas y nociones llamadas incógnitas en la filosofía clásica: Dios, el alma, el libre arbitrio. No el único criterio de un temperamento que se le ja ver, a través de sí mismo, la naturaleza en su juego determinante y en sus leyes inalterables. El hombre y la sociedad cruzan el espacio de su vida, obedeciendo a la determinación de leyes necesarias.

(Citado en Francoovich, p. 27)

Este deseo de guardar fidelidad a la realidad independiente de la voluntad, tenía su razón: porque, como dice Arnold Hauser "toda obra de arte, incluso la más naturalista, es una idealización de la realidad, una leyenda, una especie de utopía".

El movimiento naturalista es la consecuencia del predominio del liberalismo y del racionalismo científico. Bolivia había pasado mu cho tiempo -toda su vida- alejada de sí misma: era urgente volver la mirada hacia adentro. Y una vez que se empezaba a observar la realidad, apa recía un sentimiento de horror y con él, la necesidad de buscar las causas de la situación en que se encontraba el país.

Los escritores que empezaron a publicar en los primeros años del siglo dentro de la nueva corriente, se hace referencia a Arguedas, Armando Chirveches, Tejada Sorzano, Abel Alarcón, Fabián Vaca Chávez, Walter A. Méndez, Benigno Lara, Roberto Zapata y Rosendo Echazú, que integraron el grupo de "Palabras Libres" y que escribían en una columna periodística del mismo nombre (Albarracín, p.119), sintieron la necesidad de manifestarse, de ubicarse en su tiempo, asumiendo el deber social de promover la participación renovadora de otros sectores.

Arguedas, como cabeza del grupo, decía:

Es llegado el tiempo de que la crítica aparezca porque ya ha llegado también el momento de la resurrección.

(Ibidem, p. 119)

El Chiriviches invitaba a luchar contra el "espíritu conservador, intransigente, sectario, estúpido." (Citado en Altarracín, p. 119). "Palabras Libres" cumplió con su misión de reunir a la nueva generación de escritores que se habían propuesto renovar la cultura nacional. Se disolvió en 1907, después de siete años que fueron decisivos en la vida y la obra de cada uno de ellos, y que dejó huella en el país.

En la sociedad boliviana del novecientos, la participación popular, entendida como la de las mayorías, en los distintos aspectos de la vida nacional, estaba terriblemente restringida. El porcentaje de la población que hablaba castellano era muy pequeño, y menor aún el que alcanzaba algún grado de escolaridad. ¿Cómo podían intervenir las mayorías en la vida de un país que no las consideraba ni siquiera en la tarea elemental de la educación?

Si existía una pasión, que subsiste hoy y es casi una característica del ser nacional, ésta es la política. Ya antes decía Gabriel René Moreno:

Cruel infortunio moral es en Bolivia la política. Penetra con sus infinitos hilos eléctricos en sus múltiples relaciones así de la vida pública como de la privada. No hay un sólo ánimo que no se sienta tiranizado por este azote infernal.

(René Moreno, p. 83)

La historia de Bolivia, signada por una gran inestabilidad política, muestra que un país en que la única vía de acceso popular a la participación, era la violencia: levantamientos indígenas, masacres; aquellos sectores que tenían la posibilidad de un acceso menos tortuoso, se entregaban entusiastas al juego político, mantenido siempre como un privilegio de la élite y los reducidos sectores medios urbanos, aunque se hiciera una ficción democrática. El voto censitario^(*), la barrera idiomática, la labor de la prensa, etc., fueron frenos eficaces para la socialización de ese juego apasionante. Armando Chirveches en su novela "La Candidatura de Rojas", satiriza las luchas políticas y la farsa electoral:

Conviene que hagas una gira política en regla: que pronuncies muchos discursos; que prometas caminos de herradura, caminos carreteros y vías férreas, si es preciso; que hables de poner puentes y calzadas en los ríos, de mejorar el alumbrado y colocar redes telegráficas entre todos los villorios; que manifiestes el propósito de conseguir una disminución en los impuestos. Tus electores que hoy caminan por senderos de lo más escarpados, que tienen que vadear los ríos, que andan a topatolondros en las noches, rompiéndose el alma, y que pagan crecidas contribuciones, cobrarán alguna esperanza. Por lo demás, ya sabes que el prometer no cuesta mucho, ¡cañafístola!

Mi tío, obrando de manera parecida a la de la mayor parte de los propietarios rurales de la Provincia, había hecho enseñar a sus colonos a escribir dos nombres: el suyo propio, es decir, el del colono, y el mío. Con tal ejercicio, resultaban los peones de las fincas hábiles para inscribirse como ciudadanos y para sufragar. Algo más; eran incapaces de votar por otra persona ni de vender su voto, puesto que a duras penas sabían trazar el nombre del candidato impuesto por el patrón.

Las prerrogativas de la participación política, cultural, estaban en manos de la élite, por lo cual es natural que sea de ese medio

(*) Eran ciudadanos bolivianos y, por lo tanto, podían votar los hombres que supieran leer y escribir además de ser propietarios de un bien inmueble o tener una renta anual de 200 pesos no percibida por servicios domésticos. En consecuencia, los excluidos eran la gran mayoría.

-y no de otro- de donde surjan voces literarias nuevas. Arguedas provenía de una familia de intelectuales; Chiriquitos, al que Arguedas describía como "mundano, enardecido, chispeante, alegre, elegante y aún astildado", también había nacido en una familia adinerada. Otros pertenecían a los estratos medios educados. Todos eran parte de una nueva generación que hizo del quehacer literario una militancia política. Habían salido del seno del liberalismo para ubicarse en la oposición a los regímenes liberales. A diferencia del naturalismo europeo y de otros países latinoamericanos, el naturalismo en Bolivia no logró desprenderse de la red liberal que envolvía a todo el país. Estos escritores hicieron una oposición contradictoria, ambigua. En su obra se mostraron ferozmente críticos del liberalismo y siempre distantes de las posiciones socialistas y anarquistas. Probablemente intentaban, a través de la literatura, encontrar un lugar propio, que les resultara familiar y éste no podía ser el núcleo de las clases dominantes ni tampoco el espacio de los sectores populares. La inexistencia de un movimiento político contestatario en esos años, como la debilidad de una clase obrera todavía teñida de un carácter artesanal y la total proscripción del mundo indígena, explican la dificultad que tuvieron estos hombres para definirse. Sus contradicciones, a veces su incoherencia, son parte de las contradicciones de esa sociedad indefinida. ¿Dónde podían alistarse, cuál era su papel? Posiblemente en el terreno en que precaria o firmemente se instalaron, el de la crítica. Tal vez, en la nación futura que buscaban encontrarían un lugar.

Hay que anotar que el pensamiento anarquista y, en general, socialista, que ya había empezado a influir en otros países del continente, sobre todo a través de la inmigración, como es el caso de la Argentina, no había hecho su aparición en Bolivia y recién empezaría a dejarse sentir en

la década del veinte.

La élite no vió con buenos ojos el surgimiento de una corriente renovadora en la literatura. Estaba acostumbrada a liosruenos, de vez en cuando, con la obra de algunos ensalzadores de sus virtudes y cuantos res de sus glorias, que vivían en la añoranza de Europa y en el desprecio de ese país de indios. Las nuevas concepciones literarias tenían que parecerle por lo menos extrañas. Ese sentimiento de incomodidad frente al naturalismo explica el rechazo de que fueron objeto las obras de Arguedas y la indiferencia con que se recibió la novela de Jaime Mendoza, "En las Tierras del Potosí", que se publicó por primera vez en Barcelona en 1911 y tuvo su primera edición boliviana en 1973.

La naturaleza de la sociedad boliviana escindida, con una historia que dejaba un saldo de frustración disimulada apenas por el optimismo positivista, creaba en ese grupo de escritores un desconcierto, una especie de crisis de identidad.

En esa angustiosa búsqueda de "su realidad" que emprenden los escritores del novecientos, se transparenta una otra búsqueda: la de una identidad propia, no solamente en términos personales sino, y en primer término, nacionales. Buscaban una identidad nacional. Eran hombres en conflicto, podían reconocerse como no españoles, no franceses, no argentinos, no chilenos, pero no podían reconocerse como indios, como mestizos ni como bolivianos. Tenían, en todo caso, una identidad negativa que buscaba desembocar en la construcción de algo propio, aún difuso; con la conciencia de que sería una labor de construcción y no de hallazgo, la que tendrían por delante.

Podría decirse que este grupo de intelectuales intuía, con el testimonio de sus propias vidas, lo que Mariátegui afirma: "el florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional".

Su aporte a la construcción de esa nación que no veían en la realidad boliviana, era la construcción de una literatura nacional, con temas y tono nacionales.

Veían que la construcción de la nación tendría que hacerse desde dentro pero también desde fuera. Era tan débil y amorfa la realidad nacional, tenían tan poca confianza en sus propias fuerzas, que no la podían concebir sin un impulso venido de fuera. Casi todos ellos coinciden en la necesidad de un aporte racial y cultural de Occidente que moldeara la materia prima indígena. Para estos hombres, la nación existía como proyecto y como un proyecto aún muy endeble. Su sentimiento de pertenencia al país estaba mucho más ligado a la tierra que a esa síntesis abstracta que se denomina nación. Se consideraban bolivianos en cuanto se identificaban con un territorio; lo demás, la gente, las costumbres, los idiomas, las instituciones, les eran ajenos. En esa selección de lo aceptable y lo inaceptable, de lo propio y de lo extraño, radica el conflicto: ¿Cómo sentirse parte de la nación si se cree que la nación no existe? ¿Cómo ser bolivianos si lo único que en verdad se reconoce propio y querido es la tierra?

Frente a mí la montaña virgen parecía sonreír con una magnífica sonrisa de verdura. Las innumerables copas de los árboles se confundían, se entrelazaban; por veces causábame el efecto de ramilletes de flores inmensas y de centenares de cabezas melenudas inclinadas en actitud contemplativa sobre las ondas transparentes y

murmuradoras de un río.

(Chiriquitos, A., p.40)

Para Arguedas, el paisaje puede ser hermoso, triste, hostil; pero es siempre grandioso

Al sol brilla intenso, las charcas se secan y el aire es de una pureza admirable. Los más lejanos objetos destacan nítidos, sus contornos; las cimas de las nevadas cumos fulgen albas; más lejana quiera que los ojos se dirijan, sólo descubren desolación y tristeza que se hacen tangibles a la hora del crepúsculo, a esa en que no se sabe si es el día o es la noche lo que impera... Podría decirse que la pampa, en el invierno, da la impresión del mar, pero de un mar muerto, sin olas, sin furoras, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada.

(Arguedas, P.E., p. 18)

...en seguida el valle sonriente, lleno de luz y aromas, con su variada colección de árboles frutales desconocidos en Europa, de flores y de aves, y por último, la vega extensa abrupta, exuberante de vegetación, cruzada por ríos ricos en caudal, llena de bosques inexplorados y en donde vegetan salvajes y fieras en amable consorcio.

(Ibidem, p. 21)

Por eso, sentencia: "Todo es inmenso en Bolivia, todo, menos el hombre".

Jaime Mendoza (1874-1939), quien no formó parte de "Palabras Libres" y se mantuvo aislado, sin siquiera conocer a los jóvenes innovadores, hasta su encuentro en París con un Arguedas ya famoso a quien le presenta los originales de su primera obra, "En las Tierras del Potosí", es, tal vez, más solidario con el hombre. En Mendoza, la tierra nunca está vacía sino poblada de seres que lo comprometen emocionalmente, siente pena, asco, simpatía, se involucra con ellos.

Era una mañana radiante. La campiña de Sucre, rojiza y polvorienta, reverberaba bajo la inmensa bóveda azul. Al través de ella, culebreaba el camino carretero del Norte. Veíanse diseminadas en sus contornos, casuchas de labriegos, algunas de

las cuales mostraban banderolas blancas en señal de que allí había chicha para aplacar la sed de los caminantes. Por el ancho camino pasaban, con dirección a la ciudad, tropas de berricos cargados de comestibles y arrastrados por indios de montera negra, poncho rojo y calzones blancos. Las indias, con la gruesa lliclla, en la que llevaban grandes bultos cargados a la espalda, conducían en sus manos cántaros con leche o platos colmados de queso natá.

Las minas se veían más próximas. El camino que acataban de recorrer se perdía a lo lejos, hacia las faldas del cerro, como una faja blanca cina y estrecha, sembrado a trechos por los transeuntes que, a la distancia, apenas parecían puntos. El sol continuaba brillando con admirable limpidez. Los techos de calamina de las casas distantes lanzaban reflejos ofensivos a los ojos. Por sobre las cabezas de los dos amigos, a una altura enorme, pasaban los cables del andarivel arrastrando sus negras vagonetas.

(Mendoza, J., págs. 21 y 53)

Casi siempre el paisaje es una pintura de ambiente, Mendoza sólo en contadas ocasiones describe la naturaleza solitaria. Es claro que es el hombre su mayor preocupación

Estos hombres eran una especie de judíos al revés, tenían un territorio que podía infundirles entusiasmo o tristeza, pero al que amaban profundamente aunque carecían de una nación. Eran un poco huérfanos, y esta orfandad resultaba un poco dolorosa, mortificante. El conflicto en el que vivían les planteaba una disyuntiva: la búsqueda apasionada de la nación o el desarraigo, como una opción de salvación personal. Se movieron entre estos dos polos: el hecho de que casi sin excepciones aceptaran cargos diplomáticos que los mantuvo largas temporadas fuera del país, resulta muy

representantes. Describieron imaginando la construcción de la nación, pero prefirieron muchas veces hacerlo desde el exterior. Arguedas publica "Los Rios" en Barcelona, Pazienza publica también en Barcelona "Los Rios Viejos del Litoral", Chirveches publica en París "La Candidatura de Rojas". De Bolivia le la muerte de Bolivia y de la suya propia, intentaron transformar la realidad, pero con frecuencia se vieron atrapados por ella. Escribieron desde París o Buenos Aires, finalmente callaron, se dieron por vencidos, o eligieron el suicidio y algunos alcanzaron a conocer el desastre del Chaco que confirmaba sus dudas y temores.

No se identificaron con la oligarquía, pero tampoco con el pueblo, pertenecían a esa "nación futura" con la que soñaban, por eso pudieron funcionar como la conciencia del presente.

Alcides Arguedas, Franz Tamayo (aunque su obra literaria se inscribe en otra perspectiva), Armando Chirveches, Jaime Mendoza, son los representantes de este sector. Sus vidas testifican la lucha entre la fé y el escepticismo en la que se movieron permanentemente. Todos ellos coinciden en su ánimo de crítica y denuncia; escribieron sobre todo para "abrir los ojos" de sus contemporáneos y lo hicieron con crudeza, mostrando la enorme distancia que media entre la Bolivia que soñaban y la que realmente existía.

Alcides Arguedas, el que da el primer paso, funda el indigenismo; la literatura minera, que habría de ser tan abundante en los años posteriores, se inicia con la obra de Jaime Mendoza; Chirveches hace una crítica de las prácticas políticas revelándolas como una falsa democracia. Todos se asumen como representantes de su tiempo, por eso son seres angustiados, como literatos y como hombres.

En un medio en que "Chaupi P'unchaipi Tutayorka" (*) es la regla, son pocas las excepciones que logran construir una obra, como es tal vez el caso de Arguedas y Mendoza. Carlos Medinaceli (1898-1949), pinta con cierto temor por sí mismo el cuadro de frustración de la generación del 18:

Don Leopoldo Alas ("Clarín") solía decir: 'la juventud española estalla en un libro y encaja en un empleo'. La juventud boliviana no llega al libro: revienta en un discurso, alumbrada con un verso, promete mucho... Luego encaja en un empleo, y se burocratiza: o se casa y se domestica; o se da a la política, y se enchola, o a la bebida y se degenera; o muere en edad temprana, o termina con un pistoletazo.

(Medinaceli, C. O.C., p. 30-31)

La literatura indigenista fue en sus inicios, y se mantuvo después en el mismo tono, una literatura fuertemente ideologizada. Expresión de los sueños y deseos de un sector fluctuante, atrapado entre una sociedad segregacionista, racista, de la que de algún modo se siente excluido y el mundo desconocido, intuído, de los marginados.

Naturalmente que la problemática del indio y la de la literatura indigenista son cosas distintas. No es válido entender que porque és-

(*) "A medio día anocheció", frase en quechua que alude al destino que trunca lo que es prometedor. Sirve de título a un artículo de Carlos Medinaceli sobre este tema.

ta parte de una revelación del indio y de lo indígena, sea un indicador sociológico o antropológico de la situación del indígena. Porque, en primer lugar, es, o debería ser, sobre todo literatura. Y, en segundo lugar, puede ser un indicador de cómo los sectores medios ven al indio. Para que una literatura sea genuinamente representativa de la vida indígena, tendría que ser un producto indio. Mariátegui ya lo decía:

La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indigenista, si debe venir vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla.
(Mariátegui, op. cit., p. 253)

No es muy distinto el sentido en que Carlos Medinaceli hace este llamado de atención:

Es justo y urgente, que se labore por la reivindicación social del indio, por su incorporación a la vida boliviana y por su culturización, pero estudiémosle con el más riguroso verismo, para no convertirlo -como hacen algunos cuentistas- en simple tema literario. Por que puede ocurrirnos otra desgracia: que lleguemos a tener dos indios; el de carne y hueso y el literario. Basta con el primero.
(Medinaceli, op. cit. p. 140)

Evidentemente el riesgo era real y la advertencia no era ociosa. La literatura indigenista produjo un indio distinto del de carne y hueso. Pero, ¿cuál es en verdad el riesgo? El que exista un indio de papel no es necesariamente un problema. Pero sí lo es si se piensa que puede ser tomado por el real. Aquí se descubre una característica de la literatura indigenista, lo que la ha justificado pero que, al mismo tiempo, le marca los límites: su pretensión (propia o la que se le ha endosado) sociológica que en algunos casos cae en el didactismo o, aún, se convierte

en panfletaria.

La literatura indigenista es literatura pero es, también, un testimonio de una época en que en Bolivia se sentía la necesidad de hacer análisis social cuando las ciencias sociales estaban en pañales. La intención literaria y de diagnóstico social se confunden, se mezclan los planos y los lenguajes, el texto literario deviene frecuentemente en propuesta política. Pero si esto, visto desde el punto de vista estrictamente literario, afecta negativamente a la obra, considerado con cierta perspectiva histórica, le presta una riqueza distinta que permite acercarse a ella desde múltiples puntos de análisis.

LA APERTURA DE ESPACIOS

ALCIDES ARGUEDAS

Dentro de medio siglo, cuando verdaderamente comience a escribirse la historia patria, nuestros malos versos, nuestras detestables novelas, acaso den más luz a los críticos cuando pretendan fijar esta época, que el cúmulo de operaciones que se efectúan en nuestro escenario político. (Alcides Arguedas)

Sin duda que una de las personalidades más controvertidas de Bolivia, aún hoy que ya se ha cumplido más de un siglo de su nacimiento, es la de Alcides Arguedas. Satanizado por muchos como un detractor de Bolivia y los bolivianos; considerado como un resentido, un ser pesimista y amargado dispuesto a ver sólo el aspecto negativo de las cosas; es una personalidad enigmática que sigue planteando una serie de interrogantes y generando polémica.

Ampliamente conocido en Bolivia, sobre todo a través de la leyenda que cubre su nombre, alcanzó reconocimiento internacional

por sus obras "Raza de Bronce" y "Pueblo Enfermo". Arguedas como novelista, historiador y hombre público, generó pasiones entre sus contemporáneos y en las generaciones posteriores. La comprensión de su personalidad literaria y política es aún una tarea inconclusa.

Proveniente de una familia de hacendados paceños, Arguedas tomó contacto con la realidad del país a través de su experiencia en las haciendas paternas y en la reducida ciudad de La Paz. Cuando tenía veinte años

estalla en el país la "revolución federal" a la que se incorpora como corresponsal de guerra en el ejército federal de Pando. Después de finalizada la contienda, termina sus estudios de derecho, obediendo más a las limitaciones que la realidad del país imponía incluso a los sectores privilegiados, que a sus propios deseos. Su interés profundo se centraba sobre todo en los problemas de la cultura; desde muy temprano publica artículos en periódicos y revistas y en 1903 aparece "Pisagua", su primera novela.

En "Pisagua", Arguedas hace un primer planteamiento de sus ideas con una intención enteramente crítica. El mismo escritor decía de su obra:

No hay acicalamientos de lenguaje de que tanto gustan los estilistas de oficio, es una historia vulgar sacada de lo que se ve todos los días (...) Quizás al obrar así haya cometido un error del que me acusarán los que escriben por amor al arte; quizás también el modo que tengo de ver la vida choque a algunos que con su pasividad se conforman con las miserias .
(Citado por Albarracín, págs. 47 y 48)

Tiene la voluntad de no ceder a ninguna exigencia de carácter exclusivamente estético, lo principal será siempre para Arguedas la posibilidad de criticar, de penetrar la realidad en la que vive sin condescendencias. Dice Albarracín Millán de "Pisagua": "...es importante no sólo por ser una novela crítica, la primera que sale bajo tentaciones naturalistas, sino porque con ella se busca enjuiciar algunos de los problemas más esenciales al siglo XIX". La novela fue mal recibida por esa sociedad profundamente conservadora y nadie se tomó la molestia de comentarla. El silencio general y la reprobación implícita afectaron de tal modo a Arguedas que se apresuró a retirarla de la circulación anunciando después que la

había quemado. Pese a este fracaso, al año siguiente Arguedas insiste y publica otra novela, "Wata Wara", que también concita la reprobación general. El argumento de esta novela fue tomado de sucesos verídicos de los que tuvo conocimiento: En las cercanías del lago Titicaca, una india joven fue violada y muerta por sus patrones. El hecho no era precisamente no novedoso, los vejámenes a los que los señores sometían a los indios eran parte de las costumbres de la época y no sorprendían a nadie. Pero lo que sí resultaba nuevo era que esas "intimidaciones" se convirtieran en tema literario.

Arguedas toma en "Wata Wara" , como preocupación principal, la situación del indio y presenta un cuadro, un fragmento, más bien, del gran paisaje humano de esos días. Es la ampliación de un detalle que resume en sí a la totalidad. El escritor se muestra tajante: el crimen es vengado por la indiada que resuelve matar a los patrones. Este epílogo brutal resultó chocante para la oligarquía terrateniente que echó sobre la novela una mirada despectiva y la condenó al olvido. Era parte de las prerrogativas de la élite: su olvido era realmente "el olvido", ¿qué otros lectores podían existir?

Habría que preguntarse ¿qué pasaba por la mente de Arguedas cuando tomó ese tema y eligió esa forma de resolución del conflicto? Con seguridad que la abigarrada y colorida presencia india en la "revolución federal" estaba fija en su recuerdo, como en el del país entero. El Willka Zárate había sido asesinado hacía escasos tres años y la profunda impresión que causó el proceso de Mochoza no se había borrado aún. Pese a la "paz" inaugurada por los liberales y al entusiasmo triunfalista de la

élite, se vivía un clima de incertidumbre. Se intuía que esa paz era fruto del asesinato de Zárate y del escarmiento de Mohoza, pero también se sabía que las revueltas indias no eran aún parte del pasado.

Tal vez en esos años, más que en otra época, se vivía el presente y el futuro bajo el peso del pasado. No del pasado cronológico, puesto que lo que atemorizaba a la sociedad de entonces eran sucesos muy recientes como para considerarlos parte del pasado, sino de lo que se esperaba que estuviera sepultado ya por el tiempo. Se encaraba el mañana con la sospecha de que no sería más que un residuo del ayer, cuando se reclamaba con mayor vehemencia por el futuro. Los indios, su existencia mísera y sus alzamientos, debían ser cosa del pasado, patrimonio del olvidado o, en el peor de los casos, propiedad de la memoria. Pero el nuevo siglo con su ilusorio cargamento de paz y progreso parecía negarse a ser realidad. El pasado ganaba terreno, se extendía sobre el presente, como una inmensa mancha de aceite y ganaba los bordes del futuro amenazadoramente.

Al entregar en "Wata Wara" los patronos a la turba india, Arguedas estaba incurriendo en un pecado imperdonable: descorrer el velo que pudorosamente cubría el presente prestándole una apariencia de "civilización" y revelarlo como lo que en verdad era: una parte más del pasado, la prueba de que el pasado continuaba vivo.

La muerte de los patronos a manos de los indios era un eco de lo que había sucedido durante la guerra civil del 99 y resultaba, además, terriblemente simbólica. En los patronos se encarnaba la nación -para la clase dominante, los indios no formaban parte de ella- eran la

parte civilizada y conciente que puede constituirse en nación y, por lo tanto, al matarlos se estaba asesinando a la nación misma. El elemento incivilizado liquidaba al representativo de la civilización. Arguedas obraba a los ojos de estas clase como un traidor a la patria. Se mostraba desamorado, despectivo incluso, con esa patria, con sus grandes hombres, demostrando que la miseria y el embrutecimiento del indio eran proporcionales a la estupidez e infamia del señor.

En ese paisaje altiplánico de grandiosa desolación que ocupa a Arguedas, los hombres parecen bestias acosadas por otros hombres también bestiales.

Nótese en el hombre del altiplano, la dureza del carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo y también de la naturaleza.
(Arguedas, A. P. E., p. 40)

En "Wata Wara" aparecen esos hombres bestializados por la dureza de la vida, por el medio ambiente mezquino en el que les ha tocado vivir, por la feroz explotación a que son sometidos. Son hombres que sólo pueden defenderse como bestias: matando. Pero los otros, los hombres "civilizados", los visitantes en ese medio inhóspito, actúan también como bestias; desprecian la vida, matan porque sí. Esta visión de las cosas resultaba ofensiva para una clase que intentaba estar satisfecha de sí misma. La represalia no se hizo esperar y Arguedas tuvo que aceptar nuevamente que había cometido un error, y contribuir, él mismo, a condenar su obra.

Sin embargo, quince años después de la publicación de esta desdichada novela, insistirá en el tema con una nueva: "Raza de Bronce". Arguedas dice en "Pueblo Enfermo" sobre ella:

En estos últimos años, al fin pudo notarse un fuerte movimiento de protección hacia la desgraciada raza. El clarinazo fue un pequeño libro, una oscura novelita que por asunto, más que por sus méritos artísticos, y por ser, sobre todo, sola y única en su género, corre la posible contingencia de servir como sillar al monumento que algún día, fatalmente, ha de levantar la raza a su propia redención, si todavía le dejan algún tiempo para vivir. "Raza de Bronce" se intitulaba la novelita, y en ella se pinta la esclavitud absurda del indio, su vida de dolor, de miseria y de injusticia bárbara.

"Raza de Bronce" es la resurrección de la vieja "Wata Wara" que, pese a algunos retoques indispensables para hacerla viable, permanece intacta. La muerte de los patrones es eliminada del argumento y queda en su lugar una sugerencia ambigua a su huída. La venganza no se consuma. El incendio de la casa de hacienda es el intento desesperado por hacer justicia que se estrella contra aquello que representa al patrón, porque el patrón mismo es inalcanzable. La de "Raza de Bronce" no es una rebelión triunfante, no hay entusiasmo ni esa feroz alegría del vencedor; lo que aparece es desesperación ante la conciencia de la imposibilidad del triunfo. No en vano habían pasado veinte años de las revueltas indias capitaneadas por el Willka Zárate.

Es exactamente lo que dice el viejo Choquehuanka:

Ellos nos quitan todo, hasta nuestras mujeres, y nosotros apenas nos vengamos haciéndoles pequeños males o dañando sus cosechas, como una débil reparación de lo mucho que nos hacen penar.

(Arguedas, R.B., p. 362)

Incluso la muerte del patrón resulta un "pequeño laño" puesto que no modifica la situación. Los indios lo saben, siglos de dominación les ha enseñado que atentar contra los patronos es suicida.

Recuerden que una sola gota de sangre blanca
la pagamos con torrentes de la nuestra.
Ellos tienen armas, soldados, policías, jueces,
y nosotros no tenemos nada ni a nadie...
(Ibidem, p. 350)

Pero tan real como la conciencia que tiene el indio de su desvalimiento, es el convencimiento de la necesidad de mantenerse "en pie de guerra". De Tupac Katari al Willka Zárate, los indios se manifestaron y la única voz que tuvieron fue la de la rebelión. Un pueblo que no se manifiesta, muere; y el pueblo indio se negaba a morir.

Nada debemos esperar de las gentes que hoy nos dominan, y es bueno que a raíz de cualquier crimen nos levantemos para castigarles, y con las represalias conseguir dos fines, que puedan servirnos mañana, aunque sea a costa de los más grandes sacrificios: hacerles ver que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males, como la hierba que de los campos se extirpa porque no sirve para nada.

(Ibidem, p. 353)

Los levantamientos indios tienen un valor de autoafirmación. El mismo sentido que otras formas de autoafirmación como la conservación de la lengua, de las creencias religiosas, los mitos, etc. La diferencia estriba en el carácter activo o pasivo de unas y otras. La rebelión es, sobre todo, acción, canal de expresión de la agresividad en estado puro. Durante la "revolución federal" los indios desplegaron su capacidad agresiva y mostraron su poderío. Con todos los otros canales de expresión cortados, el de la acción pura apareció como el único viable.

Seguramente que la eliminación del pasaje de la muerte de los patrones en "Haza de Bronce", respondía a la necesidad de Arguedas de hacer más "aceptable" su obra, pero la modificación no resulta esencial y el núcleo de su propuesta permanece. Tanto aquí como en "Wata Wara", el indio es una víctima de la brutalidad y codicia de los blancos y mestizos. El patrón es despótico y estúpido, cuando se dirige a sus colonos se expresa con ira y desprecio:

Lo que ustedes quieren es vivir libres de toda obligación, haciendo su voluntad. Son flojos y no saben otra cosa que robar y mentir; y es que yo he sido muy bueno; pero de hoy en adelante seré malo, ya que ustedes sólo o bedecen a palos, como las bestias...

(Ibidem, p.169)

Los mestizos que hacen las veces de intermediarios entre el patrón blancoide y el indio -sean administradores, curas, etc.- son encarnizados explotadores, por cuenta del patrón y de la suya propia. Así, el administrador Troche es:

Bruto, interperante y sensual, se había ganado legítima fama de matón entre los de su partido por la solidez de sus puños y la ferocidad de sus hazañas. Hacía ostentación de sus crímenes con desconcertante desenvoltura y por el más insignificante motivo ofrecía dar de balazos y bofetadas, porque para él las únicas razones atendibles eran las que se dan con puñetazos, y tenía más confianza en la eficacia de sus golpes que en los más fundados razonamientos.

(Ibidem, p. 175)

Todos los personajes conservan la misma fisonomía. Incluso la resolución final del conflicto, muerte del patrón o huida, tiene el mismo sentido. Para el indio es un triunfo momentáneo porque, más pronto que tarde, llegará la respuesta que, con seguridad, será más brutal. Asimismo, para los terratenientes la muerte o la huida provocada por la indiada

son igualmente humillantes. La clave está en el hecho mismo del levantamiento, eso es lo importante y lo que no se modifica.

"La Plaza de Bronce" es, en conjunto, una obra más pulida que "Wata Wata", pero el centro es el mismo: los indios se rebelan contra las injusticias del patrón y no lo hacen solamente por tomar venganza del crimen de la joven "Wata Wata", sino por ello y por la serie infinita de abusos que siempre soportaron.

- Que hablen todos los que tengan quejas contra el patrón.
- Mi hijo está enfermo en cama de una paliza
- dijo Tokorcunki gravemente.
- A mi me rompió la cabeza...
- A mi me arrebató mis bestias...
- A mi...

(Ibidem, p. 361)

La "Deslealtad" de Arguedas para con su clase es evidente.

Justifica el alzamiento de los indios por la existencia de un orden injusto y miserable que los condena a una vida de bestias; cuando ése era el orden liberal inaugurado en nombre del progreso, de la justicia y de la paz.

Isaac, el padre del hacendado Pablo Pantoja había heredado el inmenso latifundio que don Manuel Pantoja supo usurpar a los comunarios de Kohahuyo, en las cercanías del lago Titicaca, al amparo del gobierno atrabiliario de Melgarejo. Si fue brutal Manuel Pantoja a fin de apoderarse de esas tierras, su hijo Isaac y su nieto Pablo no se quedaron atrás. Ya Isaac Pantoja tuvo que huir una noche, en calzoncillos, para salvarse de sus colonos rebelados, y Pablo Pantoja hará lo propio al final de la novela. Desde los tiempos de Melgarejo, pasando por las administraciones conservadoras y el flamante orden liberal, la situación del indio es la misma. ¿En qué ha-

bían quedado los postulados liberales dos décadas después de la "revolución federal"? Esto es lo que se pregunta Arguedas.

En "Raza de Bronce", como en la mayor parte de la obra novelesca latinoamericana de esos años, el paisaje ocupa un lugar preponderante. Es una novelística en que la naturaleza salvaje y devoradora de América aparece cubriendo las páginas dejando, a menudo, sólo resquicios por los que asoman algunos seres humanos casi aplastados por la geografía. Ahí están "la Vorágine", la narrativa de Horacio Quiroga y otros.

En "Raza de Bronce" el paisaje es determinante. Es el altiplano, la tierra aymara, esos cerros parduzcos, el inmenso espacio altiplánico casi desnudo de vegetación, quemado por un sol abrasador o por el viento incansable. Sobre esa tierra avara suavizada en parte por la presencia del lago, hombres y bestias luchan por la vida. Aún en la descripción de los personajes, hay un trozo de paisaje.

Era una india fuerte y esbelta. Caíale la ocura cabellera de reflejos azulosos en dos gruesas trenzas sobre las espaldas, y un sombrerillo pardo con cinta negra le protegía el rostro requemado por el frío y cortante aire de la sierra. Su saya de burda lana, oscilaba al viento que silbaba su eterna melopea en los pajonales crecidos entre las hiendas de las rocas, y era el solo ruido que acompañaba el largo balido de las ovejas.

(Arguedas, R.B., p. 20-1)

El paisaje está en cada página, en las palabras que inauguran la novela y en el párrafo final, imponiendo su propio lenguaje y sentido. Los hombres son al mismo tiempo seres humanos y paisaje, la pampa les llena los ojos y la boca y les hace hablar con palabras lentas, medidas, como paladas de tierra.

El paisaje divide a los hombres, una es la naturaleza terrosa del indio, en total identificación con el medio natural; otra muy distinta la del amo, verdadero forastero en ese mundo. El amo puede llegar a la hacienda y entretenerse matando patos en el lago, no sólo por su opulencia que le hace despreciar lo que para otros es gran riqueza, sino por su falta de identificación con el ambiente natural. Para el indio, en cambio, la cacería disparatada de aves es un crimen, en razón de su miseria que le hace rebelarse ante un desperdicio tan atroz, pero también por su total identificación con la naturaleza de la que se siente parte.

El indio no es un "personaje" situado en un ambiente, es parte de la naturaleza, inseparable de ella. El colono que tiene que abandonar la hacienda para ir a la ciudad a servir como pongo en la casa del patrón, o para traer semillas del valle, siente que le ha llegado la hora de la desgracia. Es el dolor que provoca el rompimiento de la unidad hombre-tierra. Porque en esa unidad está el secreto de la vida, fuera de ella el hombre queda desprotegido, amenazado por todo y por todos. Por eso teme tanto los viajes, por eso se despide de los suyos con la angustia de posiblemente ya no regresar. Por eso prefiere la vida dura y esforzada dentro de la hacienda, junto a su pedazo de tierra, al extrañamiento.

Agiali parecía preocupado y ella creía conocer la causa de su congoja. Días antes, como castigo a una falta, había recibido orden del administrador para ir con otros cuatro compañeros castigados como él, a comprar granos al valle(...)
 ¡Cuántas veces las pobres bestias quedaron inutilizadas para el trabajo por las mataduras de sus lomos cruelmente dañados por la carga! ¡Y cuántas los hombres, presas de extraños males se la pasaron en casa, inútiles para las diarias faenas, o quedaban tullidos y enfermos hasta la muerte!

(Arguedas, ibidem, p.25)

Pero, pese al enorme peso del paisaje, a su vinculación íntima con los hombres, no puede decirse que sea tan aplastante que éstos aparezcan como muñecos: manejados por una naturaleza omnipotente. En "Laza de Bronce", el conflicto no se plantea con el elemento natural, sino entre los propios hombres. Son grupos humanos distintos enfrentados entre sí, representantes de mundos distintos que, en inevitable contacto, se odian a muerte. Los hombres blancos y mestizos, intrusos en un mundo natural, son esencialmente depredadores, destructores de un orden casi idílico, por incompreensión, avaricia y temor. La pareja central de "Laza de Bronce", Wata Wara y Agiali, está unida por el amor; ambos son jóvenes, sanos y trabajadores, tienen proyectos e ilusiones, pero el desprecio y la brutalidad de los intrusos termina con todo.

A Arguedas le interesa mostrar el conflicto central, la lucha permanente entre el depredador (cazador frívolo, violador de indias, asesino) y el indio defensor de su tierra y cultura. Es un enfrentamiento total que supone la destrucción de uno de los contendientes, por eso al final de la novela, después de que el indio ha soportado mil vejámenes y abusos, se levanta para dar muerte a su enemigo aunque esto le cueste la propia vida.

El indio tiene dos facetas, una es la que aparece en Agiali y Wata Wara, representantes de un reino natural de paz y de trabajo que, como el mundo de toda pareja, casi parece cerrarse en sí mismo.

Una sonrisa plácida y feliz entreabre sus labios maduros, y en sus ojos profundamente negros salta la llama de la más honda alegría. En esa mañana sus padres le han llevado, según costumbre, las cargas de semilla para en

sementar el retazo de suelo que en adelante librará con su esposo y su suegra le ha señalado una habitación para ellos solos en su casa y ya no dormirá más en la cocina con las bestias menudas, sino en su cuarto hasta la benévola hora en la que, con tesón inabundante, levantará la flamante casa donde irán a establecerse toda su vida...

(Arguedas, *ibidem*, p. 262)

Mundo armónico que sólo puede quebrarse por obra de los "otros", los que acarrearán desgracias para la pareja o para su gente. También en el viejo Choquehuanka aparece la faz del indio noble que lleno de prudencia y sabiduría, sabe guiar con su consejo a los de su pueblo.

La otra faceta es la del indio embrutecido, el alcohol casi siempre sirve de medida de la degradación. "Choquela, la viuda, ebria hasta la idiotez..." (*Ibidem*, p. 196).

Mundos que chocan, que se rechazan y, sin embargo, se ven obligados a convivir, son los que se anudan en "Raza de Bronce". Las clases dominantes -patrón, amigos del patrón, administrador-, son extraños en una tierra de la que se apoderan, ajenos a una raza a la que someten; los indios, en congruencia con su medio, son acorralados, expulsados, aniquilados por esos "otros". Mundos que no se comprenden, que se odian, que sólo pueden engendrar violencia con su contacto.

"Raza de Bronce" cumple una misión especial dentro del ámbito de la literatura y la cultura bolivianas de principios de siglo. Ya "Wata Wara", anticipándose a la corriente indigenista que a partir de la década del veinte se expandiría por varios países latinoamericanos -especialmente Perú, Ecuador y México- había dado un primer paso hacia la conquista

de un espacio de preocupaciones esencialmente nuevas. En 1900, aparece en Lima un trabajo de Manuel González Prada, "Nuestros Indios", que probablemente sea el primer alegato a favor del indio desde una posición distinta de las tradicionales prédicas paternalistas. González Prada sostiene (variante a la conducta de los patronos que es absurda e irreflexiva), que el problema del indio más que de tipo pedagógico es de carácter económico y social, pues la "instrucción puede mantener al hombre en la bajez y la servidumbre"

...el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche.

(González Prada, N.I., p. 19)

Si ésta no era exactamente la posición de Arguedas, tampoco su propuesta distaba mucho de la del peruano. Para Arguedas, el indio no debe esperar nada del patrón, la única forma de avanzar era asumir por su propia cuenta la tarea de hacerse justicia. Es lo que "Wata Wara" y "Raza de Bronce" dicen entre líneas. Aunque también es posible hacer otra lectura y observar a Arguedas a través de Suárez, el amigo del patrón de Kohahuayo, "lo que no me explico todavía es porqué los propietarios no intentan al go por mejorar la suerte del indio, para hacer de él un aliado y no un sier vo" (Ibidem, p. 29). Y más tarde, distanciado de su personaje, criticándolo:

Cojeaba, pues, del mismo pie que todos los defensores del indio que casi invariablemente se componen de dos categorías de seres: los líricos que no conocen el indio y toman su defensa como un tema fácil de literatura, o los bellacos que, también sin conocerle, toman la causa del indio como un medio de medrar y crear inquietudes exaltando sus sufrimientos, creando el des contento, sembrando el odio con el fin de med rar a su hora apoderándose igualmente de sus tierras.

(Ibidem, p.312)

Indudablemente, su postura es ambigua, cree, como Tokoroun-ki, el viejo indio sabio, que hay que "abrir profundos abismos de sangre y muerte" entre dominadores y dominados hasta que el indio logre triunfar; pero no está seguro de que esto se realice algún día, porque el indio puede sucumbir como "la hierba que de los campos se extirpa porque no sirve para nada". Cree, tal vez, en la posibilidad de que los patrones se humanicen, y resuelvan dar un trato más justo a los indios, por el bien de ambos. Y se burla de todos los "defensores del indio" porque cree que ninguno toma esa tarea de "defensa" con responsabilidad y desinterés, sino para obtener algún beneficio personal. ¿Dónde se ubica él? ¿Cuál cree que es la "solución al problema?"

En 1909, Arguedas publica un libro escandaloso que le dió fama nacional e internacional y que contribuyó decisivamente a la creación de la "leyenda negra" sobre su persona: "Pueblo Enfermo". Desde el título, Arguedas se muestra provocativo. ¿Cómo calificar de enferma a la élite boliviana de esos días, que se sentía progresista y moderna? Para los sectores dominantes, resultaba comprensible la aplicación de ese calificativo al bajo pueblo, a los indios y a los cholos, pero no podía aceptarlo para sí. En esta obra, Arguedas se muestra benévolo con el "núcleo diminuto de gente blanca" que queda en el país después de que el proceso general de mestización ha convertido a Bolivia en un país cholo. Sin embargo, las características del blanco no le infunden esperanzas:

Débil de voluntad, sólo obedece el blanco a sus impulsiones del momento, y uno de sus más graves defectos es el de la imprevisión.
(Arguedas, P.E., p. 31)

Pero es despiadado con el mestizo, con el cholo que funciona como "blanco":

...son los gobernantes cholos, con su manera especial de ser y concebir el progreso, que nos han retardado el movimiento de avance de la república, ya no únicamente en el aspecto institucional, sino también en sus factores económicos e industriales, de tan grande influencia en el mundo.

(Ibídem, p. 31)

Para Arguedas son cholos los representantes de los poderes públicos, los que han construido un país a semejanza suya. Clasifica a los honorables "Padres de la Patria" en varios "tipos": vanidosos, traficantes, pobres de espíritu, pequeños negociantes y simuladores. Los grandes hombres de la sociedad liberal eran estafadores que no resistían el menor examen.

¿Y el indio? Aunque Arguedas se duele de esa:

...pobre raza que es mirada con absoluta indiferencia por los poderes públicos y sus desgracias sólo sirven para inspirar rumbosos discursos a los dirigentes políticos; pero en el fondo están convencidos de que sólo puede servir para ser explotada...

(Ibídem, p. 37)

Participa de las ideas comunes a los hombres de esa época:

De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral, y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente.

(Ibídem, p. 37)

Es, pues, un pueblo enfermo porque tiene una mayoría poblacional india que funciona como lastre del desarrollo nacional; porque los sectores medios y, aún, la propia élite, son "cholos", están llenos de vicios y complejos, y finalmente, porque la ínfima minoría realmente blanca no tiene ningún peso en un medio tan corrupto y ella misma se encuentra de

bilitada por ese entorno necesariamente contaminante.

Ante semejante panorama, Arguedas plantea la necesidad de una transformación profunda que acabe con ese "pueblo enfermo" y le a luz uno nuevo. El indio seguirá luchando por su emancipación, los patronos cholos seguirán explotándolo con obtusidad, los cholos enseñoreados en la administración del país continuarán usufructuando en beneficio propio sin importarles el destino de la nación. Por eso Arguedas entrevió después de la guerra del Chaco la proximidad de una ruptura violenta.

En Bolivia el problema de la tierra vasta se une a otro más grave todavía: el de la esclavitud del indio campesino. Y la pura estupidez, la bárbara y aterradora imprevisión del terrateniente boliviano van preparando allí la gran revolución de mañana que ha de venir ahora, después de la guerra, con paso más premioso que antes; porque cada soldado indio que ha ido al Chaco es ahora un ciudadano que tiene ya alguna noción de sus deberes.
(Citado por Koca, J.L., B.A.T., pág. 29)

Hay un tema central presente en toda la obra de Arguedas, el de la raza; pero la raza vista más bien desde un punto de vista psicológico-cultural que propiamente biológico. Piensa que no hay razas "puras", que todas las que se tienen por tales han sufrido procesos de mestización más o menos largos y profundos, y que en especial Bolivia es un producto radicalmente híbrido. Por eso analiza la psicología de los distintos grupos humanos, producto de la influencia del ambiente, de la herencia racial, de la situación socioeconómica en que se encuentran, etc.

Son los sectores dominantes "cholos" los que aparecen en "Fisagua" y en "Vida Criolla" (*); son los indios enfrentados a los patronos mes

(*) "Vida Criolla", novela publicada por Arguedas en 1905.

tizos, los personajes de "Tata Tara" y "Luz de Bronce". Es que el problema "racial" es, para Arguedas, el problema nacional.

Arguedas tiene la lucidez suficiente para ver a los "cholos" como lo que son en realidad: mestizos que pueden reclamar parte del pasado hispano gracias a su posición socio-económica. La identificación racial concluyente de esta manera se convierte en un elemento definitorio de las características morales de los individuos, funcionando, así, como la muestra del orden natural de las cosas. Este es un secreto celosamente guardado por la sociedad cerrada y que Arguedas se encarga de sacar a luz. No era una revelación para la élite boliviana; su reacción iracunda hacia el develador se debía más a que éste se había atrevido a mencionar lo que todos se empeñaban en callar que a que hubiera hecho un auténtico descubrimiento. "La historia de este país, Bolivia, es, pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones..." (Arguedas, A. P.E., p.80)

Bolivia es un país de mestizos, de "cholos", puesto que los indios no han escrito ni una sola página de su historia, o más bien porque los "cholos" se cuidaron siempre de erradicar al indio de todo aquello que tenga que ver con la nación. Pero al sostener esto Arguedas no se refiere solamente a la inexistencia de blancos, o al marginamiento del indio, sino que le interesa resaltar las características morales de aquellos que han manejado el país desaprensivamente causando el atraso nacional: "Tomadizo, variable, despreocupado, sólo su interés le apasiona, lo que de inmediato le atañe" (Arguedas, A., Ibidem, p. 75)

La oligarquía de la época estaba de pleno acuerdo con Ar-

guedas en el señalamiento de los "vicios" de los "cholos", pero jamás podía aceptar que ella misma era una oligarquía mestiza, saturada de todo aquello que en los "cholos" de abajo tanto despreciaba.

Hay libros que convocan la indignación porque son resumen del mal, en Bolivia la publicación de las obras de Arguedas provocó esa indignación. En este caso se encuentran "Raza de Bronce" y también "Pueblo Enfermo", como representantes de su obra narrativa y ensayística. Y quizás podría decirse que la obra de Arguedas en su conjunto tiene un centro: el mal. Arguedas es, pues, un moralista. Para él, probablemente por la abrumadora acumulación de "males" que presentan sus obras, en Bolivia no hay salvación. De esta percepción surgen las acusaciones de pesimista, de ser negativo, de detractor de Bolivia, que se le han hecho.

Para Arguedas la realidad boliviana se divide, fundamentalmente, en las realidades blanca, mestiza e indígena. Lo que nos sitúa en un primer nivel del "mal": es una sociedad dividida, que no consigue integrarse y que está entabada en una lucha a muerte.

La visión arguediana de cada una de las "razas" -llamémosle así, aunque Arguedas no hace una división puramente biológica, sino bio-psicológica- es, también, portadora de la idea del mal.

El indio únicamente sobrevive; su historia, la realidad en que se encuentra, no le dejan espacio para más. Todo en su vida es sufrimiento y lucha sin ninguna esperanza.

En la región llamada interandina vegeta desde tiempo inmemorial, el indio ayмара, salvaje y huracán como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no indiarlo, concluirá pronto su raza.

... que algún día fatalmente, ha de levantar la raza a su propia ruina, en vez de dejar tiempo para vivir.

(Arguedas, A., P.B., págs. 39 y 69)

El indio explotado al punto de hacer pensar en su pronta extinción es, para Arguedas, poseedor de algunas virtudes y de muchos defectos, algunos fruto del secular estado de servidumbre en que vive, otros propios de su naturaleza.

El blanco es la minoría y aunque no es puro racialmente, para Arguedas presenta ciertos rasgos característicos. Es "débil de voluntad", no tiene "sentimiento del deber" ni "disciplina mental y moral". Esta especie de abulia propia del blanco, no es la más apropiada para imponer su modo de vida, ni para generalizar sus virtudes. El porvenir del blanco es, cuando menos, incierto. La mestización tendría que devorarlo.

En cuanto al mestizo, es evidente que, sin ser la mayoría de la población boliviana, "es la clase dominadora, desgraciadamente..." El cholo es el que tiene más recursos para acomodarse, es "fuerte, audaz, corajudo". El cholo es quien va creciendo a costa del blanco y del indio a quien explota sin misericordia. Es, pues, el cholo -el personaje más lleno de taras y defectos- el dueño del futuro. El panorama que presenta Arguedas es desalentador.

El mal es el más poderoso, el que se propaga, el que domi-

na. Sólo queda una esperanza: el progreso. La concepción arguediana del progreso es, también, profundamente moralista. "Y el progreso consiste, después de todo, en eso, o una parte del progreso: ilustrarse, aprender y enriquecerse. El progreso es cabal y completo cuando a esto se añade otra cosa: perfeccionarse moralmente..." (F.E., p. 71)

La única esperanza para Arguedas reside en el perfeccionamiento moral del indio y del mestizo.

Si los indios de Kohahuyo dejaran de sufrir esa brutal explotación de parte de Pablo Pantoja y del administrador Troche, no habría trabajo a desgano, no habría sed de venganza; si pudieran educarse, sentirse dignos y dueños de su vida, no se perderían en el alcohol. Si los cholos patronos se perfeccionaran moralmente, el trabajo sería mejor, la hacienda daría mayores frutos.

A principios de siglo, Arguedas todavía pensaba así; después de la guerra del Chaco, se da cuenta de que ya no queda tiempo, sólo la violencia podría modificar las cosas.

Arguedas con todas sus contradicciones parecería querer decir: "animémonos a decir lo que somos"; porque sólo si nos asumimos podremos cambiar. Arguedas, como iniciador del indigenismo, como defensor de la "pobre raza", según sus palabras; Arguedas el que propone el exterminio del indio; Arguedas el principal crítico del gobierno liberal de Montes; Arguedas funcionario diplomático del liberalismo; Arguedas lanzando una idea y luego rectificándola, publicando un libro y retirándolo. Todos esos Ar-

guedas son, pueden ser vistos, como las múltiples caras del liberalismo de principios de siglo. Cada una de estas facetas es un momento, un modo de ser de la élite liberal. Claro, Arguedas es único: porque, mientras los liberales procuraban no ver algunas cosas, y sobre todo, no decir las, Arguedas se anima a hablar, a mirar, a criticar, a asunirse: a mostrar en sí todas esas caras.

Una sola cosa reclamo en mi honor -decía-:
mi pluma jamás ha escrito una sola línea que
no sea sobre la patria...no he apartado un
solo instante mis ojos del gran solar.

(Citado por Albarracín, p. 233)

Tenía la vista fija en Bolivia, en su historia, en los indios sin historia. Había prestado -sabiéndolo o no- su obra y su vida, para que fueran espejos de su tiempo. Todas las miserias, las dudas, las grandezas de esos hombres se reflejaron en ellas. Defendió al indio y lo condenó, despreció al mestizo, a ese país de mestizos y lo amó profundamente. Su obra, su personalidad, son contradictorias, la época también lo era.

JAIIME MENDOZA

Martín avanzó entre una confusión de cosas. Vió el suelo dividido en compartimentos, donde se mostraban objetos enteramente desconocidos para él. Vió una especie de represas donde corría una agua lodosa y rojiza, mujeres que escarbaban esa agua, hombres y muchachos que iban y venían, ruedas que giraban, chimeneas que humeaban, extraños aparatos cuyo funcionamiento no comprendía. (Jaime Mendoza)

El mundo de las minas a principios de siglo es un mundo extraño, en él se dan cita seres distintos y contradictorios, las cosas mismas parecen entrabadas en una profunda contradicción, la vida y la muerte se miran en medio de una confusión que lo abarca todo. Allí conviven busca-fortunas, estudiantes fracasados, indios, cholos, "caballeros", personal extranjero de las compañías mineras, prostitutas. En las minas se concentra la tecnología más avanzada del país (en la época de oro de Patiño, las minas bolivianas contaban con los medios técnicos más sofisticados de su tiempo) y la mayor de las miserias. No existen caminos carreteros, el viaje debe hacerse a lomo de mula de una posta a otra junto a un indio que sigue a pie al animal. Muchas de las viviendas mineras son cuevas en el mismo cerro donde se abren los socavones, o piezas destartaladas que poco se diferencian de aquéllas.

Allí el tiempo se confunde, está presente el siglo XIX con

toda su connotación latifundista-patriarcal y el siglo XX con sus ambiciones industriales. En esa confusión se mueve el indio sumiso y el obrero que maneja la dinamita y puede usarla como un arma.

Ese mundo inconexo y medular para Bolivia, había estado hasta entonces presente y al mismo tiempo ausente de la conciencia del país. Siempre se supo -y de manera, por demás, lúcida- que Bolivia era un país fundamentalmente minero, desde la plata potosina hasta el estaño de Llallagua. Pero, ¿qué parte de la realidad minera se conocía, cuál era la que inportaba?

Indudablemente, la explotación estañífera provocó algunos cambios. . . Con la historia del estaño se definó la historia del obrero minero. Su existencia empieza a reclamar ser conocida, tener un lugar en las preocupaciones nacionales. Jaime Mendoza reconoce esta exigencia y escribe una novela. Es el año 1911.

Martín Martínez parte de Sucre en busca de una quimera; parte, también, de su mundo conocido, su madre, su novia, la Universidad, las apacibles calles de su pueblo. Se dirige a un mundo desconocido oscuro y brillante, sacrificando lo que había sido hasta entonces esencial en su vida. Su partida hacia las minas tiene la atmósfera de un viaje hacia lo desconocido, lo maravilloso. El camino es largo y pesado, a medida que avanza aumentan las dificultades. El tranquilo valle chuquisaqueño va quedando atrás y Martín se adentra en territorio altiplánico, frío, hosco, ventoso, gris. Cuando finalmente llega a Llallagua, el fabuloso centro minero, su ánimo está saturado de incertidumbre. El conocimiento que va tomando de

Las minas va desilusionándolo poco a poco; en lugar de esa tierra de promisión que buscaba, lo que encuentra es miseria y nada más que miseria. La vida en las minas se le descubre gris, ordinaria, carente de toda esperanza. Su ingenuidad de estudiante chuquisaqueño empieza a sufrir a medida que pasan los días. La pobreza del lugar empieza a contagiarlo, lo alcanza y lo obliga a llevar una vida casi tan sórdida como la de los demás.

Para llegar a las minas, Martín Martínez debe viajar, recorrer vastas extensiones solitarias, alejarse del mundo propio. Durante el viaje va apareciendo una sensación que se agudiza en las minas y que le acompañará durante el tiempo que permanece allí: el asco. El asco como la última defensa de quien no quiere involucrarse en una realidad que siente ajena y que, sin embargo, lo va ganando con tosuda calma.

Martín se siente extraño en un medio que le parece profundamente desagradable. No puede tolerar esa forma de vida que se desarrolla entre el trabajo embrutecedor y continuas borracheras; le ofende la ordinariéz de la gente, esa vida promiscua, miserable. Tampoco puede aceptar la vida que llevan los rescatadores, contratistas y demás gente que aprovechan las múltiples posibilidades de hacer dinero fácil que ofrecen las minas. Se siente lleno de escrúpulos pero a pesar de ellos la bajeza de los otros lo toca constantemente. Se alarma cuando descubre que en él mismo se van operando cambios; que a medida que pasa el tiempo, la soledad, el desamparo, la necesidad de encontrar algo reconfortante, lo hacen transigir con cosas antes inaceptables; emborracharse hasta la inconciencia, enamorar de una chola. El también ha iniciado, finalmente, el viaje interior, el que faltaba, para estar realmente en las minas, fuera de su mundo, lejos

del estudiante que un día fue.

Son dos procesos paralelos que se siguen el uno al otro: el viaje en mula de Sucre hacia Llallagua y el viaje de la conciencia del estudiante Martín Martínez a la conciencia del "canchero"^(*) Martín Martínez.

En las minas los códigos son enteramente distintos de los que el joven conoce, allí reinan la muerte, la degradación, la miseria y el viento. La vida ha retrocedido hasta la última franja, hasta su último reducto, más allá sólo está la muerte. Por eso, para los mineros, la muerte es parte de su cotidianeidad, han aprendido a tratar con ella, a aceptar la.

Martín veía también pasar por la plazoleta, casi diariamente grupos de gentes llevando niños muertos a enterrar. Eran siempre grupos de borrachos. Pasaban tocando charangos y cantando, y aún bailando.

(Mendoza, J., E.T.P., p. 81)

La vida de miseria que arrastran esos seres es acorde con la mezquindad de la naturaleza, pródiga en metales y avara para la vida. El paisaje yermo, cielos azules y tierra grisácea, tiene un inclemente morador: el viento. El viento siempre presente, subrayando la soledad del paisaje, hostigando siempre a los hombres, enseñoreándose en esas alturas en las que todo pasa, menos el viento. El hombre es efímero, sabe que la muerte puede llegar al manejar la dinamita, al caer un "aisa", con la silicosis, con una epidemia de tifus..., el estío mismo sale de las minas y las abandona de prisa, sólo el viento permanece incansable.

(*) "Canchero", encargado de la vigilancia en el ingenio.

Que se vaya el carnaval,
 que se vaya...
 Cuando vuelva a regresar
 a esta playa,
 ya no nos va de encontrar.
 (Ibidem, p.209)

El viento es el primero en salir al encuentro de Martín cuando escalaba a lomo de mula la ruta del altiplano, para no dejarle más. Convive con él en las minas y le acompaña en su desencantado viaje de retorno.

El viento cantaba allí su eterna canción. Silbaba entre los pajonales de las alturas de Marakara, formaba a la distancia remolinos de polvo que se levantaban en grandes espirales blanquecinas, azotaba las peñas solitarias que se destacaban a lo lejos simulando castillos fantásticos, chasqueaba entre las aristas de las rocas, metíase lúgubrementemente entre las hendiduras produciendo fúnebres aullidos, resbalaba sobre las aterciopeladas praderas, y se perdía bramando, y volvía a aparecer, y subía y bajaba, y se retorció y gritaba incansable, potente, frío, insistente, siempre movable y siempre tenaz, como si fuese el único señor despótico de aquella agria región.
 (Ibidem, p. 26)

El viento remarcando el carácter trágico de la vida en las minas, la soledad, el abandono del hombre.

Martín Martínez es un ejemplar de los sectores medios urbanos, algo empobrecidos, sujetos aún a una moral que ya no es la de la época. El se lanza a la aventura, a la conquista de "El Dorado", sin saber que éste existe sólo para los aventureros. Lleva como equipaje más seguro y pesado que los pollos y el vino que le da su madre para el camino- su propio modo de ser de estudiante chuquisaqueño; por eso su amigo que ha aprendido a dejar de lado los escrúpulos le dice:

Lo de siempre, si hubiese ido cualquier rotito a solicitar el contrato, al momento lo ob

tiene. Pero ¡Tú!...Tú que hablas bien y que estás elegantemente vestido...En realidad... yo creo que tu traje te ha perjudicado.
(Ibidem, p. 53)

Martín no puede entender a su amigo rescataador que no se arretra al robar a la compañía, tampoco puede entender al hijo del minero enfermo que va a bailar y emborracharse para pedir por la salud de su padre, ni al ex-compañero de colegio que termina viviendo con una chola. No sólo que no entiende ese mundo sino que lo rechaza, por eso siente asco, por eso se mantiene fiel a sí mismo, pese a todo y por eso regresa a Sucre.

Para el hombre urbano, el altiplano, las alturas andinas, son hostiles, pero para el indio no. Esa naturaleza de enorme dureza se expresa, también, en el alma de sus moradores. Mendoza piensa que el indio es realmente la "encarnación del espíritu andino", por eso Martín Martínez será siempre un extraño en esa tierra.

Para esa sociedad pequeña y provinciana, las minas eran, a un tiempo, la zona pujante de la economía boliviana, la promesa de superación de los males nacionales y un territorio perdido, maldito, lejos de la civilización, ajeno. Es el choque de mentalidades distintas en una realidad nacional profundamente quebrada. ¿Qué puede tener en común Martín Martínez con un minero, o con su amigo de la infancia convertido en rescataador de minerales? ¿Qué puede unir al joven estudiante de leyes con una figura trágica como la de Lucas? Y sin embargo, la historia del país en sus violentas sacudidas los mezcla, los pone en contacto y en desinteligencia, los obliga a tocarse sin comprenderse, rechazándose instintivamente.

Y de este modo mientras, él compadecía a esas mujeres, ellas se burlaban de él.
(Ibidem, p. 115)

Esta esencial falta de comprensión hace que esta primera novela "minera" no de vida a un personaje propiamente minero. Lo cual no es una desventaja, sino que por el contrario, abre la posibilidad de que se exprese lo que puede expresar una novela como ésta: el encuentro de mundos distintos. La vida de los trabajadores está presente pero a contraluz, sin ahondar en ella, delineando solamente sus perfiles. Jaime Mendoza es también un chuquisaqueño que pasa algún tiempo en las minas:

Soy médico...he vivido algunos años entre los mineros y he visto que esa vida es un poco triste. En las minas de nuestro país hay ciertas costumbres que van modificándose gradualmente y que acaso acabarán por desaparecer del todo; y antes de que tal suceda, creo que se deben hacer obras que en cierta manera fijen esas costumbres dentro de su tiempo... Además yo le tengo cariño a esa tierra, allí he pasado parte de mi juventud y ganado el pan que como, y es en mí una deuda de gratitud, con esas gentes humildes y desgraciadas, contar algo de su vida.

(Citado por A. Arguedas en el Prólogo a E.T.P.)

La sociedad señorial de principios de siglo no logra reconciliarse con su otro yo, no logra aceptar -reconocer- la existencia de una zona oscura, terriblemente trágica, que es parte inseparable de sí misma. El mundo de las minas es el mundo del indio separado de la tierra, temporal o definitivamente, en proceso de convertirse en obrero, atrapado en la confusión que provoca un lejano patrón, un ente abstracto que es la Compañía, un gerente que cambia cada cierto tiempo. El indio sujeto a la relación servil en las haciendas se va transformando en un obrero que trabaja 16, 24, 36 horas seguidas por un salario fantasmal que lo absorbe casi por entero la "pulpería" a cuenta de los víveres de los que lo medio abastece. "En las Tierras del Potosí" fue escrita en 1911, cuando en Illalla^g operaban capitales chilenos y el poderío de Patiño aún no se había cons

truído (la Patiño Mines se funda en 1924 precisamente sobre la base de la fusión de "Ilallagua" con "La Salvadora"). En esos años se iniciaba la lucha de los trabajadores por la sindicalización, de hecho los primeros intentos en este sentido se dan en Tupiza y Potosí en 1905. Es, pues, el período de lucha encarnizada entre los distintos capitales por controlar la riqueza, la estañífera, que se sabía inmensa, y que era la única capaz de dar vida al país. Los sacrificios humanos que fueran necesarios para encausarlo por la ruta del progreso, eran insignificantes para la sociedad liberal. El estado era el caballo de batalla, ¿qué importaba lo que quedara entre sus patas?

Para Jaime Mendoza ésta es una profunda injusticia, su indignación toma la forma de dos personajes distintos a los que mira con ternura y compasión: el viejo Don Miguel, que no se cansa de hablar contra la Compañía y que es quien le narra al asombrado Martín las atrocidades que suceden en las minas, y el extraño Lucas, hábil ladrón de metal y generoso protector -en medio de su pobreza- de los mineros. Ambos personajes son las voces de la rebeldía y los dos tienen un destino trágico, Don Miguel termina ahogado en el alcohol y Lucas muere de tifus. Como si rebelarse contra las injusticias fuera estrellarse contra un muro, sin ninguna esperanza. Pero si en "Raza de Bronce" la rebeldía llega al atentado contra los patrones, aquí se diluye en pequeños o grandes robos, en invectivas contra la Compañía. Los indios son una fuerza capaz de organizarse y actuar como grupo; los trabajadores mineros aún no. Actúan por separado o en reducido acuerdo. Los indios están solos; los obreros de las minas hablan a través del médico del contratista fracasado, etc. Todavía no conforman una clase que se expresa por sí misma.

Mendoza quiere dar a conocer este mundo, evitar que quede en la sombra, hacer que ese mundo "chuquisaqueño" acepte la existencia de esa zona trágica, que lo acepte y haga algo por cambiar lo injusto, lo absurdo. A diferencia de Arguedas, Mendoza cree en la posibilidad de una salvación. El mundo que contempla es triste, también existe en él el mal, pero el mal no lo es todo.

Son las minas territorios del mal; allí donde dominan el alcohol, la enfermedad, los vicios, la muerte. Pero aún allí, en medio de la corrupción, existen seres puros: Lucas, el médico; Presentación; el mismo Martín; y aunque éstos nada pueden hacer contra esa realidad contaminada, queda su testimonio y, finalmente, queda la posibilidad -no poco importante- de considerar todo como una pesadilla. Queda, también un saldo favorable: Martín ha conservado su integridad moral y si

...no volvía con la bolsa colmada de brillantes libras esterlinas, venía en cambio provisto de otra riqueza que a veces vale más que sendos talegos de dinero: de esa riqueza que: aunque sea a costa de golpes crueles, sabe enseñar a los hombres a vivir: la experiencia.

Fuera de las minas el mundo es otro y Martín había salido de ese mundo y podía regresar a él, volver a ser "...aquel Martín alegre y decididor que llegaba al salón oliendo a violetas, para decirle frases delicadas y discretas" a su novia. Podía volver con su madre. Podía reencontrar a sus amigos "que paseaban con él por las calles hablando del derecho natural o de la economía política...". Podía retornar a su pueblo, a "...ese aire regalado y suave, tan distinto de este otro aire frío y polvoroso que respiraba en Ilallagua", pensaba "en el agua dulce y exquisita de

Sucre, en sus días luminosos, en sus noches de lunas espléndidas, en sus cerros queridos."

La fe de Mendoza está puesta en el triunfo final de los Lu-
cas, Martín, etc.; en la preponderancia del "aire regalado y suave", en la
victoria de la solidaridad sobre el egoísmo y la injusticia.

Las últimas palabras de su libro pueden ser alegóricas:

...enseñar a los hombres a vivir: la experien-
cia.

¿Podría Bolivia salir de esa experiencia "sabiendo vivir"?

"En las Tierras del Potosí", al igual que "Raza de Bronce", son novelas que se ocupan de una problemática local. Es el altiplano, la zona densamente indígena, la que aparece en ellas. Y es que el país era una realidad apoyada sobre su parte occidental; los valles, y mucho menos los llanos y selvas orientales, tenían escasa importancia si se les compara con la región andina, centro de la minería y centro de la vida política boliviana, sobre todo y ostensiblemente, a partir de la "revolución federal". Tan importante como esta consideración, es la existencia de masas indígenas aymaras y quechuas en la parte occidental del país; estos grupos indígenas -especialmente los aymaras- se habían mostrado combativos en diversas ocasiones, logrando en algunos casos, con su presencia y su lucha, ciertos cambios políticos, tal el caso de la guerra civil del 99. Su combatividad era, por supuesto, expresión del terrible régimen de explotación al que estaban sometidos en el campo, en las minas y en las propias ciudades donde aparecían como apestados.

Mendoza y Arguedas toman dos temas clave, dos preocupaciones ausentes hasta entonces, al menos en términos generales, de los planteamientos políticos. Es verdad que siempre se había hablado en el país de las minas y del campo, los dos polos naturales de la economía nacional, pero se lo había hecho siempre tomándolos como problemas económicos y no sociales. Estas dos novelas intentan llamar la atención sobre el aspecto social y humano, para que esa sociedad egoísta y despreocupada tenga un trato

más justo con quienes la sostienen. Ya se mencionó lo sucedido con "Raza de Bronce": la condena interna de la que fue objeto, no obstante la fama que dió a su autor. Con "En las Tierras del Potosí" no sucedió lo mismo. La novela editada en Barcelona en 1911 tuvo escasa difusión, aún dentro de Bolivia se la leyó muy poco; y es recién en 1973 cuando se hizo una segunda edición, la primera en el país.

¿Cuánto pudieron realmente influir estas dos obras sobre la conciencia de la época? Es difícil saberlo aunque podría decirse que es probable que lo hicieron en escasa medida dada su limitada difusión. Bolivia no era un país de lectores, tampoco las letras eran capaces de provocar cambios, pero sí servirían para alimentar un caudal que se iba haciendo más grande y vigoroso a medida que transcurrían los años del liberalismo y Bolivia se acercaba a la experiencia dramática de la guerra del Chaco. Es a partir de entonces que llamados de atención como "Raza de Bronce" y "En las Tierras del Potosí", cobran mayor significación. Una vez que la derrota se ha consumado, el país entero coincidirá en la necesidad de un cambio, en el absurdo de la existencia de Bolivia dentro de los moldes del liberalismo, en la urgencia de liquidar a la oligarquía. A partir del Chaco, la historia de Bolivia es otra historia.

Jaime Mendoza, al igual que Arguedas, divide su obra entre la literatura y la historia. Después de "En las Tierras del Potosí" que es bien acogida por el reducido círculo de lectores, y que le da cierto prestigio al autor, Mendoza escribe tres novelas más que no tuvieron el mismo éxito de la primera. Su obra histórica es mucho más conocida y reconocida. "El Mar del Sur"; "El Factor Geográfico en la Nacionalidad Boliviana"; "La

Creación de una Nacionalidad"; "La Ruta Atlántica"; "La Tesis Andinista" "Bolivia y Paraguay"; "La Tragedia del Chaco" y "El Chaco en los Albores de la Conquista". Mendoza piensa al contrario de una corriente con bastante arraigo, que Bolivia desde la prehistoria fue una unidad capaz de subsistir y de justificarse históricamente. Ve al país asentado sobre el macizo andino como una unidad geográfica, económica y política, y cree en su desarrollo y en la superación de las dificultades. Tiene una especie de optimismo ingenuo, una fe básica en el destino nacional. Pero le duele el país destruido por la miseria y las guerras.

Arguedas es un moralista, cuando escribe "Raza de Bronce" lo hace para hacer una denuncia moral -que tenía un contenido inequívocamente político- sobre el sistema de haciendas. Sus observaciones sobre las características de las distintas "razas", son sobre todo morales. Le indigna la doblez del "cholo", la dependencia del alcohol del indio, la abulia del blanco, etc. Toca esos resortes, se sirve de ellos para estructurar su anatema contra la sociedad liberal que lo asfixia. También Mendoza es un moralista. Su triunfo sobre el medio es el triunfo de Martín Martínez: "Un poco de lodo, de dolor y de miseria amontonados. Pero él había pasado el charcal sin ensuciarse". Y porque lo es, su postura es crítica del liberalismo pero optimista acerca del futuro. En el futuro, la nación boliviana conocerá finalmente la grandeza, la realización de sus potencialidades, gracias a un conocimiento profundo de sí misma, a una explotación racional y equitativa de sus recursos, a una valoración de sí. Para ambos, el indio tiene que ser reconocido como fundamento de la nación, el mestizaje (sobre todo desde el punto de vista de Arguedas) haría su obra formando una unidad de lo que hasta entonces había sido dispersión. Sólo el indio

educado, "civilizado", convertido en ciudadano y estrechamente unido al mestizo, podría llevar a Bolivia a una nueva forma de existencia. Para ello es necesaria la escuela, la tierra, el ejercicio político pleno. Todas estas son conquistas del futuro que mediante el esfuerzo de la conciencia o por medio de la violencia, tendrían que realizarse. Arguedas y Mendoza perciben que esa situación, la que denuncian en sus libros, no puede mantenerse por mucho tiempo, que el andamiaje de la república está ya podrido y que si no se construye uno nuevo, el derrumbe será total y arrastrará a todos.

C O N C L U S I O N E S

Intentando extraer ciertas conclusiones que permitan ordenar de manera sucinta las ideas expuestas a lo largo del trabajo, podríamos señalar, en primer lugar, y como punto de partida, un espacio socio-histórico, el de Bolivia, que en una etapa crucial de su historia da cuerpo a una reflexión nueva sobre sí mismo.

Es en este momento en que confluyen circunstancias especiales en la historia del país, que una generación de intelectuales inicia un trabajo de reflexión político-literaria que sentaría las bases de un pensamiento nacional.

El surgimiento de este estrato intelectual no se explicaría sin el ascenso del liberalismo, la iniciación de la era del estaño, la participación indígena en la "revolución federal", las grandes pérdidas territoriales. Es este conjunto de condiciones, lo que hace posible -e imprescindible- una nueva forma de ver al país.

Son Tamayo, Arguedas, Mendoza y Chirveches, los más representativos del grupo de escritores que se inician alrededor de 1900. Con sus diferencias tanto políticas como estéticas, todos ellos contribuyen de manera decisiva a la construcción de una idea nacional, que pasa necesariamente por una labor de reconocimiento de los propios valores o anti-valores.

El tema de la nación aparece y reaparece de manera constante en sus obras a partir del contacto con una realidad que siempre se presenta en un estado de "crudeza".

A partir de "Juan de la Rosa", inicio del amoroso y dolori-

do intento de expresar al país, la literatura boliviana empieza a desarrollarse íntimamente ligada al quehacer político. Si tomamos como premisa la afirmación de Luis H. Antezana sobre la literatura boliviana: "Es, seguramente, una 'literatura menor', es decir una literatura cuyas intensidades y valores se definen en directa relación con su entorno (físico, discursivo, sociohistórico)" (Antezana, L.H., L.B., p. 31), podemos entender la producción literaria de estos escritores como una creación también política y, en algunos casos (Arguedas), sobre todo, política. Esto no resulta necesariamente en la asfixia del texto por obra de las necesidades políticas, sino que remarca el carácter de "unidad dual" de esta actividad y se expresa como tal y no únicamente bajo su aspecto "literario".

Es tan rotunda la presencia de este accionar político-literario en las obras de estos escritores, que marca hondamente sus propias vidas.

La obra de Tamayo, su obra poética, tiene una mayor independencia estética, aunque tampoco se puede decir que "sus versos griegos" estén desligados de esa realidad nacional que le apasionaba.

Las novelas tomadas en este trabajo (seleccionadas por su carácter inaugurador) revelan un fuerte nexo con el espacio sociohistórico y, por lo tanto, están cargadas de significados que pueden asimilarse solamente en relación con él. Por eso, estas obras tienen un doble destino (del que Arguedas era consciente: "Dentro de medio siglo cuando verdaderamente comience a escribirse la historia patria, nuestros malos versos, nuestras detestables novelas, acaso den más luz a los críticos, cuando preten-

dan fijar esta época, que el cúmulo de operaciones que se efectúan en nuestro escenario político"): su realización o fracaso como productos literario-políticos dependiendo de su capacidad interpretativa y del propio curso de la historia y su realización o frustración como textos o universos de lenguaje. Evidentemente, tanto Arguedas como Mendoza estaban más preocupados por lo primero que por lo segundo.

Cuando en los primeros años del siglo, Arguedas y Mendoza escribían sobre "la otra cara de la moneda", la que podía ser tolerada por el cerrado concierto social de la época en la vida cotidiana pero no en la tras de molde, lo que estaban haciendo era una labor de apertura. Había que romper ese concierto, había que abrir otros espacios, echar luz sobre ellos para sacudir a esa sociedad aletargada. En esos espacios, hasta entonces en sombra, se encontraba la idea nacional con toda su fuerza.

La primera nota clara a partir de la cual podría construirse una idea de nación, era la certeza de la existencia de Bolivia como un país quebrado, con el espinazo roto desde antes de su nacimiento. Por eso la tragedia era su signo. La gran tragedia de los indios, de los trabajadores mineros, la pequeña tragedia de una oligarquía pequeña, las múltiples tragedias individuales. La costumbre del trato con una realidad difícil había creado el hábito de buscar culpas y así, resultaban culpables los indios, la geografía, el destino. Pero eso no bastaba ni explicaba nada, era preciso pensar en Bolivia como una entidad inacabada, en permanente construcción y destrucción. Era necesario conocer el sentido profundo de ese inacabamiento consubstancial a su existencia misma, era necesario aceptar el país como una realidad diversa.

Para Arguedas y Mendoza, el país no se desarrollaba como nación, porque casi todo conspiraba contra ello.

Por eso uno de los puntos básicos parece ser el reclamo de racionalidad (que tiene mucho de moralidad) en la administración del país. Ahí están las haciendas improductivas, los indios ahogado en alcohol sus miserias y sufrimientos, las minas fabricando fortunas a costa de la vida de sus trabajadores, ahí está la corrupción y la chatura intelectual de quienes deciden. La educación es la que podría cambiar las cosas; la educación del pueblo, de indios y mestizos, a fin de que puedan asumirse con dignidad como fundamento de la nación.

Pero la falta de flexibilidad del Estado liberal, su ceguera histórica, pueden ocasionar un desastre. Arguedas lo presiente. Mendoza tiene fe en la salvación.

El Chaco confirma esos temores, sólo una revolución podría abrir los diques que bloqueaban la participación de las mayorías en los asuntos nacionales.

La construcción de la nación tendría que ser violenta. La guerra del Chaco sirve para iluminar con violencia algo que ya los escritores de principios de siglo habían planteado como duda y temor: que la derrota, esa derrota inmensa que es mucho mayor que la derrota militar, era la compañera inseparable de un país que no conseguía ser nación, porque para serlo tenía que integrar a los proscritos.

Si es cierto que la violencia fue la vía por la cual los proscritos conquistaron un espacio en la nación (desde la lucha de Wilka Zárate, la propia guerra del Chaco y, finalmente, la revolución de 1952), también lo es que la obra de Arguedas y Mendoza sirvió para abrir esa posibilidad.

BIBLIOGRAFIA

- ALBARRACIN, Juan
ARGUEDAS, LA CONCIENCIA CRIMINAL DE UNA EPOCA
Editorial República, La Paz, Bolivia. 1979.
- AIMARAZ, Sergio
EL PODER Y LA CAIDA
Editorial Los Amigos del Libro. La Paz, Bolivia. 1979.
- ANTEZANA, Luis, H.
LITERATURA BOLIVIANA: LIMITES Y ALCANCES en
Revista Caravelle N° 44, p. 129-182. Toulouse, 1985.
- ARGUEDAS, Alcides
RAZA DE BRONCE
Editorial Huracán. La Habana, Cuba. 1979.
PUEBLO ENFERMO
Editorial Juventud. La Paz, Bolivia. 1982.
- CONDARCO, Ramiro
ZARATE, EL TEMIBLE WILLKA
Editorial
- CORNEJO, Alberto
PROGRAMAS POLITICOS DE BOLIVIA
Imprenta Universitaria. Cochabamba, Bolivia. 1949.
- CHIRVECHES, Armando
LA CANDIDATURA DE ROJAS
Editorial Juventud. La Paz, Bolivia. 1983.
- DEMELAS, M. Daniele
EL SENTIDO DE LA HISTORIA A CONTRAPELO: EL DARWINISMO DE GABRIEL RENE MORENO en
Historia Boliviana. Volúmen IV N° 1. Bolivia. 1984.
DARWINISMO A LA CRIOLLA: EL DARWINISMO SOCIAL EN BOLIVIA 1880-1910 en
Historia Boliviana. Volúmen I, N° 2. Bolivia. 1984.
- ESCOBARI, C., Jorge
HISTORIA DIPLOMATICA DE BOLIVIA
Imprentas Unidas. La Paz, Bolivia. 1975.

- FERRER, V., José
HISTORIA DE BOLIVIA (Tomo III)
Editorial Los Amigos del Li-
bro. La Paz, Bolivia. 1981.
- FINOT, Enrique
HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA BO-
LIVIANA.
Editorial Gisbert y Cía. La
Paz, Bolivia. 1981.
- FINOT, Enrique y BARRIETA G., Mariano
NUEVA HISTORIA DE BOLIVIA
Editorial Gisbert y Cía. La
Paz, Bolivia. 1980.
- FRANCOVICH, Guillermo
LA FILOSOFÍA EN BOLIVIA
Editorial Juventud. La Paz,
Bolivia. 1966.
- GONZALES P., Manuel
NUESTROS INDIOS
en
Latinoamérica (Cuadernos de
Cultura Latinoamericana) N°
29. UNAM/ C.H./ CELA/ F.F.L/
UDUAL. México. 1978.
- GUZMAN, Augusto
HISTORIA DE BOLIVIA
Editorial Los Amigos del Li-
bro. La Paz, Bolivia. 1981.
- KLEIN, Herbert
HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA
Editorial Juventud. La Paz,
Bolivia. 1982.
- LECHNER, Norbert et. al.
ESTADO Y POLÍTICA EN AMÉRICA
LATINA
Editorial Siglo XXI. México.
1981.
- MARIATEGUI, José Carlos
7 ENSAYOS DE INTERPRETACION
DE LA REALIDAD PERUANA
Biblioteca Anauta. Lima, Perú.
1976.
- MEDINACELI, Carlos
ESTUDIOS CRITICOS
Editorial Los Amigos del Li-
bro. La Paz, Bolivia. 1969.

CHAUPI P'UNOCHAUPI TUTAYORQA
Editorial Los Amigos del Li-
bro. La Paz, Bolivia. 1978.

- MENDOZA, Jaime
EN LAS TIERRAS DEL POTOSI
Editorial Puerta del Sol. Bolivia. 1973.
- MITRE, Antonio
LOS PATRIARCAS DE LA PLATA
Instituto de Estudios Peruanos.
Lima, Perú. 1981.
- MONTENEGRO, Carlos
ALCIDES ARGUEDAS Y LA CONCIENCIA NACIONAL en
Nova América N° 3. Torino. 1980.
- PIEL, Jean
NACIONALISMO Y COLONIAJE
Biblioteca Paceña. La Paz, Bolivia. 1952.
- RIVERA, Silvia
LA TRIBUTACION INDIGENA EN LARE CAJA DESDE LA INDEPENDENCIA HASTA ALREDEDOR DE 1880 en
Historia Boliviana. Volúmen II, N° 2. Bolivia. 1982.
- ROCA, José Luis
REBELION E IDEOLOGIA en
Historia Boliviana. Volúmen I, N° 2. Bolivia. 1981.
- RENE MORENO, Gabriel
BOLIVIA EN ARGUEDAS Y TAMAYO en
Latinoamérica (Cuadernos de Cultura Latinoamericana) N° 79.
UNAM/C.H./CELA/F.F.L./UDUAL.
México. 1979.
- SÓLC, Václav
ESTUDIOS DE LITERATURA BOLIVIANA
Biblioteca del Sesquicentenario de la República. Bolivia. 1975.
- TAMAYO, Franz
LOS AYMARAS DE LAS ISLAS DEL TITICACA
Instituto Indigenista Interamericano. México. 1969.
- ZAVALETA, René
CREACION DE LA PEDAGOGIA NACIONAL
Editorial Puerta del Sol. La Paz, Bolivia. 1981.
- ZAVALETA, René
CREACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL
Editorial Diálogo. Montevideo, Uruguay. 1967.